CAPÍTULO X.

Enseñar al que no sabe[1].

Muerto fray Pablo, tomó Lucia por suya la piadosa tarea de instruir á las sencillas habitantes del desierto, en las sublimes verdades del Cristianismo. Todos los dias, con incansable perseverancia, su celo la llevó á las chozas de los Timbúes. Veíasele allí, rodeada de las indias, sentadas sobre la yerba, con sus hijos en brazos las unas, las otras con las manos cruzadas sobre las rodillas, en atenta actitud, sueltos los cabellos sobre la espalda, y fijos los grandes ojos en el semblante de la jóven, escuchar las palabras de amor y caridad, que despertaban en sus almas adormidos ecos; semejantes al niño que repite la oracion primera, enseñada por su madre y que sin darse cuenta, siente en el fondo del alma, mística revelacion, que sube del corazon hasta el semblante, iluminado con celestial reflejo.

Sentíanse aquellas rústicas criaturas, especialmente atraidas por la belleza de Lucia, encontrando singular agrado en tocar sus finos cabellos, que comparaban ellas, con las negras y relucientes plumas del tordo; ensalzando de continuo, la blancura de su tez, llamándola rostro de luna, cuello de leche; y comparando su talle gentil, ora á la garza que remonta su vuelo hasta las nubes, ora á los flexibles *rancoles**[2] que ceden á la influencia del viento.

Con dulce sonrisa, escuchaba Lucia, tan ingénuas alabanzas, insistiendo con las indias, para que, por medio de los presentes que les hacia, cubriesen su desnudez y tratasen de observar en todos sus actos la modestia y decencia, que constituyen los más valiosos encantos de la mujer. Muchas de ellas adelantaban visiblemente en algunas labores de mano, que la hacendosa esposa les enseñaba, deplorando la falta de materiales, que empezaba ya á sentir, hasta para el propio uso. Una de las cosas á que más las exhortaba la virtuosa Española, era á que inspirasen respeto á sus hijos, educándoles desde pequeños, respetuosos y sumisos, porque las indias, á ese respecto, tenian las más equivocadas creencias; juzgando que el amor maternal consistia en permitirles hasta los más descompuestos y chocantes actos. ¡Con cuánto dolor veía Lucia, á esos pequeños tiranuelos, levantar sus manos para herir en el rostro al viejo padre y á

---

[1] *LT.* (Viernes 22 de Junio, n.° 1,964, col. 2): Enseñar al que no sabe / Obras de misericordia. Este epígrafe se refiere a una de las catorce Obras de Misericordia, las que se dividen en siete corporales y siete espirituales; *enseñar al que no sabe* es la primera de las obras espirituales.

* *LT.*: flexibles (16) *Rancoles* / (16) Cañas .[Nota de la autora].

[2] Se trata de una planta gramínea, con tallo leñoso, hueco, flexible y de tres a cuatro metros de altura, hojas anchas, un tanto ásperas, y flores en panojas muy ramosas. Se cría en parajes húmedos. (Neves 1975, 106). Con esta palabra se relaciona, justamente, el gentilicio *ranquelche* (Gente de los Cañaverales, en una de sus acepciones posibles) referido a la etnia pámpida araucanizada que ocupó, desde el siglo XVIII, la Pampa central argentina.

la paciente madre, que con estóica tranquilidad sufrian aquella torpe accion[3], digna sólo del estado de barbarie en que estaban sumidos. Consideraban ellos tales desmanes como una prueba del futuro coraje de sus hijos, que refluir debia en provecho de sus padres, por haberles los primeros embravecido como lo hacen las bestias feroces.

[3] *LT.*: accion, (17) / (17) Guevara.

CAPÍTULO XI[1].

Cuando espiró el plazo, que las costumbres imponian á Marangoré, este advirtió á Sebastian y á don Nuño, hallarse dispuesto á salir en busca de los Charrúas, por saber á punto fijo el sitio en donde encontrarlos.

Los Españoles hicieron sus preparativos para aquella expedicion, que segun los deseos de todos, debia dar por resultado el exterminio de aquellos bárbaros, que eran una constante amenaza á su tranquilidad. Pero, ante todo, pidieron á Carripilun, observase que los indios y los Españoles que en el fuerte quedaban, mantuviesen extricta vigilancia y buena armonía, siendo él responsable y garante, de la seguridad de Lucia, y sus compañeros.

Juróles Carripilun, tratar á los Españoles como á sus propios hermanos, recibiendo de manos de don Nuño, las de Lucia y las del alférez Oviedo, que de comandante del fuerte quedaba.

Ántes de ahora, hemos nombrado al jóven Alejo, con motivo del entierro de Fray Pablo; este Diez no era otro, que el hijo de la posadera de Cádiz, que tanto lo habia recomendado á Lucia. A la verdad, cosa más fácil no habia, que interesarse por el jóven villano, pues natural despejo, bravura y cortesía, eran dotes que en él se disputaban la primacia y le hacian acreedor á la general estimacion; mereciendo, segun el dicho de cuantos lo conocieron, haber nacido de noble estirpe.

De buena gana hubiera Alejo tomado parte en la expedicion; pero como Lucia le habia pedido quedase á hacerle compañía, hubo de sacrificar sus primeros laureles, en obsequio de su protectora; siendo así que, además del cumplimiento de aquel deber, habia para su corazon dulce atractivo, que le compensaba cumplidamente aquel sacrificio.

Amaba á la jóven Anté; y ella á su turno, se sentia fuertemente atraida por la varonil belleza, del bizarro Español. Lucia, que veia el naciente amor de los dos jóvenes, tomaba especial esmero, en preparar el corazon de la india, al goce íntimo y delicado de los dulces afectos, templando por medio de prédicas, la ardiente fogosidad de su alma de salvaje. Y á medida que el tiempo pasaba, el corazon de la Española trasmitia á la jóven india una porcion de su delicado perfume.

El dia de la partida, Lucia y Lirupé, acompañadas de un numeroso séquito, siguieron á sus maridos, hasta un lugar distante del fuerte, como diez cuadras y que se llamaba de la Espina; allí, despues de prometer de nuevo los indios, con las más sagradas promesas, tratar á Lucia como á una hermana y defenderla hasta el último trance, se separaron las dos comitivas, cambiando unos con otros amistosas palabras de despedida.

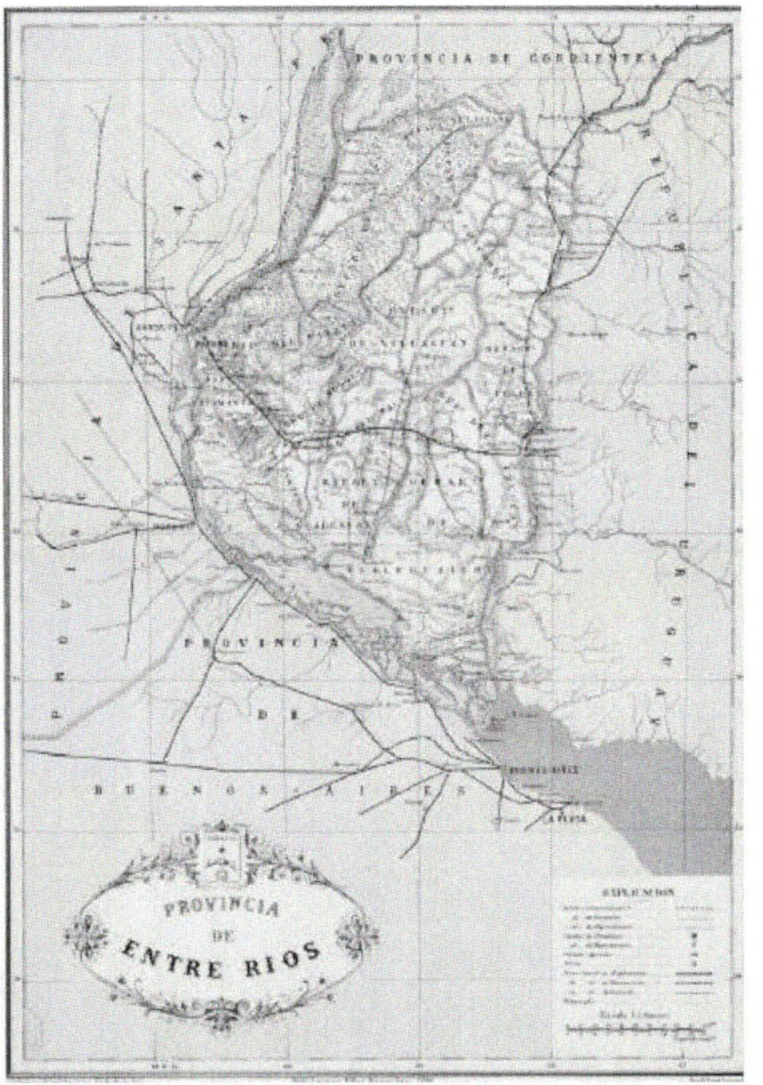
---

[1] Capítulo publicado en *LT.* del Viernes 22 de Junio, n.° 1.964, desde la col. 4.

Aquellos que quedaban, se volvieron al fuerte, en tanto que los demas, tomaban el camino de la laguna del Cheuque[2], que era el sitio á donde estaban acampados los Charrúas, segun noticias traidas por el adivino Gachemané[3], de la tribu de los Gualaches.

[2] Laguna del Cheuque: Laguna del Ñandú.

[3] Gachemané: No aparece en el vocabulario enumerado por De Angelis. Se puede encontrar un significado mapuche aproximado, compatible con el astuto y tramoyero carácter del brujo. Cabe señalar que en mapuche la "g" existe a comienzo de palabra sólo cuando encabeza un vocablo seguido exclusivamente por la sexta vocal ü. (Erize 1960). Por lo tanto, lo más aproximado sería "*Huachi*: s. Trampa de bracitos o de hilos para cazar pájaros." (ibídem, 171). "Mané", por su parte, se aproxima a "*Manque* o *Mañque*: s. Buitre, cóndor." (ibídem, 253). Con lo cual "Gachemané" podría, acaso, equivaler a "Trampa para cóndores".



XI. PROVINCIA DE ENTRE RÍOS. Paz Soldán, Mariano Felipe. 1888. Buenos Aires: Felix Lajouane. *National Atlas*, *David Ramsey Map Collection.*

CAPÍTULO XII.

Y léjos de su patria derribados
No fueron justamente sepultados.
HERRERA[1].

Marangoré y Sebastian, á la cabeza de la tropa compuesta de cerca de ochenta Españoles y más de cien indios, seguian la direccion indicada por el adivino, divididos en tres grupos. Formában el primer grupo cincuenta Europeos, armados de arcabuces y pequeñas espadas y aquellos indios más diestros en el uso de la macana, arma favorita del cacique. En seguida, venía el resto de los Españoles, al mando de don Nuño, armados igualmente de largas espadas y mosquetes; y llevando ademas, el escudo, el casco y la cota, que tanto asombro habian causado á los indígenas, que creian por este medio, ser imposible dar muerte á los extrangeros[2]. El último grupo ó cuerpo de reserva, á las órdenes de Siripo, que para esa expedicion, habia sido aclamado segundo[3] jefe, se componia tan sólo de indios armados con agudas flechas y saetas.

---

[1] Herrera, Canción III, vv. 53-55 y 61-65 (Quintana 1829, t. I, 126). "¿Son estos por ventura los famosos, / los fuertes, los belígeros varones / que conturbaron con furor la tierra? / (...) ¿Do el corazon seguro y la osadía? / ¿Cómo así se acabaron y perdieron / Tanto heróico valor en solo un dia; / Y léjos de su patria derribados, / no fueron justamente sepultados?". Este poema de Fernando de Herrera, también conocido como "A la pérdida del Rey Don Sebastián", recuerda con tono elegíaco la derrota previsible del rey Sebastián de Portugal en Alcazarquivir (1578), a manos de los marroquíes. Con ligeras variantes y como "Canción I (I)" puede leerse en Herrera 1914, 84-85, vv. 761-763 y 769-773. Según García de Diego, el sentido de los dos últimos versos citados es 'fueron injustamente sepultados, esto es, sepultados en lugar no debido' (ibídem, 85). Eduarda Mansilla convierte la interrogación en afirmación y recuerda sólo los versos 64-65 porque –en la victoria que españoles y timbúes han obtenido sobre los charrúas– se conduele por los españoles muertos o heridos, como hacen Nuño y Sebastián. En los comentarios que Quintana hace al final del tomo sobre los autores seleccionados y sus obras, al referirse a la Canción III, dice: "El poema expresa desolación y abatimiento, la marcha del poeta es más clara y se percibe mejor. Los portugueses habían ofendido a Dios con su codicia y su soberbia, y el que da y quita á su arbitrio la fuerza y la gloria, ha levantado el ánimo de los africanos, para que con pecho constante y atrevido 'No busquen oro'". Al referirse a los versos: "¿Son estos por ventura (...)]?", dice Quintana: "el recuerdo de las virtudes y gloria de los vencidos comparándolos con la ignominia y abatimiento presente, (...) sirve en gran manera para confirmar la idea principal del escritor, que es la de engrandecer el poder de Dios sobre todo poder". Capítulo publicado en *LT.* del Viernes 22 de Junio, n.° 1,964, col. 6. Este capítulo abarca también todo el folletín del n.° 1,965 del Sábado 23.

[2] *LT.*: darles muerte. (18) / (18) Guevara.

[3] *LT.*: habia sido (19) aclamado / (19) Guevara.

Siguieron largo tiempo por un vasto llano, desnudo y sin la más leve ondul acion, un camino que no ofrecia á nuestros aventureros interés alguno.

Apénas si de vez en cuando, una que otra gama, ó algun avestruz, que cruza en rápida carrera por aquel vasto horizonte, rompe la monotonía del paisaje. Más de cuatro leguas han avanzado en aquel primer dia, sin encontrar un solo árbol; por todos lados la ancha Pampa[4] presenta su grandeza y desnudez. Paréceles que ante aquella creciente inmensidad, cuyo límite no se alcanza, el pecho respira con mayor fuerza, la vista salva mayor distancia.

El calor excesivo, el mucho polvo que incesante remolinea, hacen sentir en demasía la falta de agua, que internándose hacia el Oeste, escasea considerablemente. Fatigados los Españoles con el peso de sus armaduras, ansian por hallar un árbol, bajo el cual guarecerse de los rayos del sol. Marangoré, que los ve abatidos y desalentados, les asegura que á poco andar, entrarán en un terreno quebrado y fértil, donde hallarán agua y sombra.

El siguiente dia, despues de cuatro horas de constante marcha, empezaron á notar gran diferencia en el terreno; á medida que avanzaban, la frescura del aire aumentaba y pequeños arbustos, que iban en aumento, convencieron á los expedicionarios, del conocimiento de los lugares que el cacique tenía.

Llegaron aquella misma tarde, á una inmensa laguna llamada por los indios, de los Macangues[5], en donde los Españoles pudieron apagar su sed y refrescar sus cuerpos, abrasados por el sol y el polvo, tendiéndose con delicia sobre una yerba verde y fresca, que debajo de los árboles crecia en abundancia y la llamaban *rimu*[6].

Cobraba Marangoré mayor simpatía á Sebastian; el franco continente del Español, su mucha fuerza corporal, la admirable destreza en todas las armas y su carácter abierto y caballeresco, eran cualidades propias para cautivar el ánimo del salvaje. Tambien Hurtado y don Nuño, tuvieron ocasion entónces, de admirar la caballerosa cortesía de Marangoré, si tal frase conviene á un héroe de las Pampas; y la maestría y agilidad del indio en todos los ejercicios varoniles.

---

[4] Pampa: (primera vez que designa con este nombre la región geográfica que ha descrito). Del quechua *pampa*, campo raso, superficie plana. Vasta llanura argentina que se extiende desde el sur del Litoral y las costas de la provincia de Buenos Aires hacia el Oeste de la cual la provincia de La Pampa es sólo una parte. Pese a la aparente monotonía de la planicie pampeana, ésta presenta diferentes matices que permiten identificar algunas subregiones, entre ellas la *pampa ondulada,* sobre el Río de la Plata-Paraná. (Neves 1975, 423).

[5] Macangues. No aparece en vocabulario de De Angelis. La única equivalencia aproximada que se ha hallado es "Macachi": s. Raíz comestible (poñu) dulce y fresca, otrora muy abundante en nuestras tierras arenosas pampeanas. // No damos como seguro el origen mapuche del término. // Bot. Arjona tuberosa. (Erize 1960). *LT.*: los (20) Macangues. / (20). Patos.

[6] "rimú: voz araucana que designa a una planta de flor amarilla. También llamada *flor* o *yerba de la perdiz* o *flor de mayo,* pertenece a la familia de las oxalidáceas." (Neves 1975, 497). "m. Planta americana de la familia de las Oxalidáceas, con flores amarillas, y que brota con las primeras lluvias de abril." (*DRAE* 2001). *LT.*: la llamaban (21) *Rimu.* / (21) Yerba de perdiz.

Siripo, á quien los suyos prestaban casi igual acatamiento que al jóven cacique, era igualmente diestro en el manejo de todas las armas por ellos usadas, especialmente en la flecha, en la que ya le hemos visto alcanzar el primer premio. Pero no poseia las atractivas prendas de su hermano, que á sus méritos como guerrero, unia ademas, una conversacion franca, que bien se hermanaba con la varonil belleza de su semblante. Por lo contrario, reservado en sus ademanes y esquivo por demas, apénas si ha cambiado con los Españoles, otras palabras que aquellas extrictamente necesarias: contrastando singularmente su figura, con la regularidad y belleza de formas, que hacian de Marangoré un modelo de proporcion y regularidad. Contrahecho y desairado, tenía la cabeza dos veces más grande, que lo que convenia á sus escasas y mezquinas formas. Haciendo más notable aún esta diferencia, la circunstancia de ser estos dos hermanos, gemelos[7], nacidos con diferencia de horas.

Siripo, que como todos, debia notar la inmensa serie de ventajas, que sobre él alcanzaba el primogénito, no parecia, sin embargo, guardarle por ello rencor; ántes al contrario, aparentaba amar mucho á Marangoré y respetarle como á su futuro soberano. Más de una vez chocó á los Españoles la especie de obsequiosa oficiosidad y moderada reserva, que observaba en presencia del cacique, como si se trasluciese en ella algo de hipócrita falsía, siendo de notarse, que desde los jefes hasta los soldados, todos sentian hacia él igual alejamiento; mientras acontecia precisamente lo contrario con su hermano. Marangoré, que tenía mucho afecto á Siripo y escuchaba siempre sus consejos, consultó á este, al salir de aquel lugar, sobre lo que creia más conveniente hacer, hallándose cercano el enemigo.

Los jefes españoles dejaron que los indios conferenciasen á parte, aprovechando ellos ese momento, para comunicarse sus pensamientos íntimos, y recordar á Lucia, que tan sola habia quedado y debia ansiar tanto por su vuelta.

No se crea empero, que nuestros amigos tuviesen la idea de seguir ciegamente las indicaciones de sus aliados y como tal esperasen su decision, para saber á qué atenerse; ántes al contrario, ellos habian tratado de demostrarles la confianza y seguridad que les inspiraba su propia fuerza, lanzándose á tan riesgosa expedicion sin el auxilio de los Gualaches. Pero no conociendo ni los lugares, ni la clase de enemigos que iban á combatir, don Nuño, con la prudencia y reserva, que son apreciables dotes en un jefe, juzgó conveniente, seguir las indicaciones de los indígenas, en todo aquello que oportuno hallase.

---

[7] Gemelos: relación con el cainismo. Caín, en el *Antiguo Testamento* (Gén. 4, 1-16) y en *El Corán*, hijo mayor de Adán y Eva, y hermano de Abel. Al ver que el sacrificio ofrecido por Abel era preferido al suyo, Caín lo asesinó y se convirtió por ello en el primer homicida. Dios lo maldijo y lo condenó a vagabundear errante por la tierra y lo marcó con una señal para que nadie que lo encontrase lo atacara; advirtió que quien matase a Caín lo pagaría con un castigo siete veces mayor. Por su maldad, se lo vuelve a citar en el *Nuevo Testamento* (I Jn. 3,12; Jud. 11). (*Santa Biblia* 1964). En la novela de Mansilla los hermanos aparecen como gemelos, pero para acentuar la contraposición física y moral que existe entre ambos.

Concluida la conferencia, dijo Marangoré á los Españoles, que él y su hermano Siripo, marcharian adelante, con la mitad de su jente, hasta descubrir los rastros del enemigo, para que ellos en seguida y merced á la superioridad de las armas, pudiesen hacerle el mayor daño posible.

Los árboles que ántes eran pequeños y en escaso número, habian aumentado considerablemente de tamaño. Hallábanse á la sazon en un tupido monte de algarrobos, cuyos nudosos troncos, se extendian por todos lados.

Al cabo de cuatro dias y medio de marcha, recibieron aviso de Marangoré, para que permaneciesen ocultos lo mejor que les fuera dable, observando estricta vigilancia.

Dispuso al punto don Nuño, acampase la gente, ordenándoles guardar el mayor silencio. Era ya muy cerca de la noche, cuando el tiempo, que hasta entónces habia sido despejado, empezó á oscurecerse, ocultándose esquivo el sol, mucho ántes del momento en que debia bajar á su ocaso. Los Españoles, tendidos bajo los árboles, esperaban la señal del cacique. Pasóse gran parte de la noche en la más completa tranquilidad, atentos á escuchar el más leve ruido. El silencio majestuoso y triste del desierto, turbado sólo por el grito lastimero y quejumbroso de la lechuza, imponia su gravedad, á los agitados corazones de los Españoles. Durante aquellas largas horas de espera, próximos á desafiar la muerte á manos de feroces enemigos, más de un hondo suspiro rompió el silencio de la triste noche. ¡Cuántos dulces recuerdos, rozando blandamente el corazon en rápido vuelo, trajeron á la memoria de los extranjeros, la imágen de la patria, de la madre y de los tiernos hijos! La luna amarillenta y empañada, oculto el mústio semblante tras densas nubes, semejaba, sobre la oscura bóveda, la descolorida faz de un muerto descansando en fúnebre ataud; todo era triste, angustioso; todo presagiaba duelo. De repente resonó á lo léjos el grito de un yajá[8]. Los Españoles, movidos como por un resorte, se pusieron de pié; los indios continuaron tendidos: el silencio volvió á reinar exclusivamente.

Despues de algunos momentos de espera, los Españoles, con el alma en los oidos, volvieron á tenderse sobre la yerba. Al cabo de una media hora, el yajá lanzó de nuevo dos gritos en vez de uno, todos á la vez se levantaron y prepararon las armas; hízose oir de nuevo el yajá y la tropa se puso en marcha, sin hacer el menor ruido. La luna veló completamente su escasa luz y quedaron envueltos en tinieblas. Los indios pasaron de los primeros, guiando á los extranjeros con el más extraño acierto, por entre un laberinto de árboles pequeños y troncos secos. Á medida que avanzaban, el terreno formaba pendiente, y poco á poco sus ojos, que se hacian á las tinieblas, les permitian distinguir los objetos. El grito del yajá repetido por tres veces y muy cerca ya, les indicó que debian detenerse. Hallábanse á poca distancia de un gran arroyo,

---

[8] yajá: "voz onomatopéyica que designa a un ave zancuda, vigilante y gritona, que habita en zonas cercanas a ríos; es característica de la fauna avícola rioplatense. Se la conoce también como chajá". (Neves 1975, 581).

cerca del cual, distinguian unas masas negras, que parecian enormes piedras. De improviso el silbido de las flechas y el grito de guerra de los Timbúes, les advirtió que era llegado el momento. Dispararon sus armas los Españoles, sobre aquellos bultos que se arrastraban como reptiles hácia la orilla del agua, cayendo al punto los Timbúes con sus macanas, sobre los descuidados Charrúas, que aturdidos por la extraña detonacion de las armas de fuego, se lanzaban al arroyo, desde donde disparaban sus flechas con notable ventaja; pero la oscuridad de la noche hacia muy inciertos sus tiros, miéntras que los Españoles, no perdian uno solo de sus disparos, obligándoles, mal de su grado[9], á sumergirse, en tanto que los Timbúes, con sus terribles macanas, derribaban en tierra, de cada golpe, un enemigo.

Despues de un cuarto de hora de aquella lucha á oscuras, advirtieron los Europeos, no habia ya más enemigos que combatir; sus flechas habian cesado, y el arroyo arrebataba en su corriente, una gran cantidad de oscuras masas, que flotaban sobre las aguas.

Entónces pensaron en darse cuenta de lo sucedido. Sebastian, que habia permanecido todo el tiempo cerca de don Nuño, muy satisfecho al ver que este no estaba herido, se ocupó de llamar por sus nombres á sus compañeros. Todos los Españoles, con excepcion de tres, acudieron al llamado deseosos de saber si él ó don Nuño, habian sido heridos.

Marangoré y Siripo les aseguraban, que los enemigos que acababan de combatir, no era posible fuesen aquellos Charrúas, que segun noticias de Gachemané, habian quedado allí acampados; tratando al punto de examinar los cadáveres para cerciorarse de la verdad.

Los Españoles que faltaban, estaban muertos; así como una media docena de indios, que resultaron ser indias; causando este descubrimiento asombro y descontento á los guerreros. Halló Marangoré por suerte á una de ellas herida tan sólo en la pierna, de un arcabuzaso; y habiendo sido interrogada por él con amenazas, para que no mintiese, dijo, despues de muchos lamentos y protestas, que ocho dias ántes los indios habian estado allí, pero que sabedores de la intencion de los Timbúes, habíanse internado hácia el Oeste, quedando ellas con los restos del campamento. Aunque sin dar entera fe á sus respuestas, el cacique las trasmitió á los Españoles é insistió nuevamente con la india, para que dijese la verdad, asegurando ella de todos modos, con exageradas expresiones, ser esa la pura verdad, y pidiendo la dejasen en libertad.

Movido á compasion Sebastian, por el acento suplicante de la india, rogó á Marangoré le concediese, lo que con tan humilde acento le pedia; pero el cacique le contestó era necesario no fiar en aquellas falsas lágrimas y que sólo la dejaria marcharse, cuando ya no pudiera hacerles daño.

---

[9] grado: "Vale tambien voluntad y gufto, y afi hacer una cofa de grado, es hacerla de buena gana u de voluntad". (*DAUT* 1990). "Mal de su grado", por lo tanto, es "contra su voluntad".

Temeroso don Nuño que si se internaban hácia el Oeste, guiados por aquella mujer, que debia tener tanto interes en engañarles, corrian riesgo de caer en alguna emboscada, despues de consultar con los dos caciques, dio órden de hacer alto en aquel lugar hasta la venida del dia á pesar de estar muy fatigados unos y otros, nadie pensó en dormir, por temor de alguna sorpresa; custodiada la india por algunos indios, no cesaba de pedir la dejasen ir á cuidar de sus hijos, que eran muchos y pequeños, sin obtener otra respuesta, que injuriosos reproches de aquellos que la guardaban, habiéndola, no obstante, dejado suelta, por empeños de Sebastian, á pesar de las instancias de Siripo, para que le diesen muerte.

Llegó por fin el tan deseado dia, y así que la luz bienhechora mostró claramente los objetos, se pusieron en marcha, dando una última mirada de despedida á los compañeros, que quedaban tendidos é insepultos en extraño suelo.

Siendo las indicaciones del adivino, las únicas que tenian los Timbúes sobre el paradero de los Charrúas, juzgaron conveniente, volverse por donde mismo habian venido, hasta la altura del campamento de los Gualaches. La india, vigilada de cerca, seguia la comitiva, á pesar de su herida, que la hacia arrastrarse con dificultad. Don Nuño, movido por un sentimiento caritativo, habíale vendado la pierna con dos pañuelos, á pesar de sus gritos y contorsiones.

¡Cómo pintar el asombro de unos y otros, cuando á eso del medio dia, al entrar en el bosque de algarrobos, que anteriormente habian atravesado, oyeron un chasquido de honda! El asombro fué grande: creyeron que los enemigos estaban cercanos; pero con grande entereza y resolucion, don Nuño, les dijo: «Compañeros, el peligro es ya inevitable, lo que importa es salir de él cuanto ántes.» Y avivando el paso, mandó que le siguiesen.

En efecto, no bien hubieron penetrado en el bosque, cuando una lluvia de flechas y piedras que partia de los árboles, cayó sobre sus cabezas. Los Españoles dispararon sus arcabuces, miéntras que los Timbúes, aterrorizados por aquel súbito ataque, huian despavoridos, á pesar de los esfuerzos de sus dos jefes. Siripo y Marangoré, lanzaban agudos gritos, arrojando sus flechas con singular destreza é incitando á los suyos, con el brioso ejemplo de los Europeos.

Infinidad de indios, caian desplomados de los árboles, heridos por los certeros disparos de los arcabuceros, que se mantenian en completa disciplina, á pesar de la dispersion de sus aliados y de los muchos claros que el enemigo hacia en sus filas. Despues de luchar media hora, con singular bravura de una y otra parte, cesó el combate, habiendo perdido en él los Españoles, como diez ó doce de los suyos y los Timbúes, más de treinta de sus aterrorizados compañeros. En cuanto al enemigo, el monte cubierto con sus desfigurados cadáveres, mostraba bien claro su derrota.

Despues de despojarles de sus armas, resolvieron los vencedores, continuar la marcha; y Siripo, con sereno rostro y tranquilo ademan, hizo pedazos de un

golpe de macana el cráneo de la india herida, que cayó en tierra sin arrojar un solo gemido.

En vano los Timbúes, con gritos de alegría animaban á los Españoles á celebrar tan valioso triunfo; los Europeos cabizbajos y silenciosos, seguian su marcha deplorando la triste suerte de sus perdidos compañeros.

Tomáronse precauciones, para no ser sorprendidos nuevamente, pero todo fué en vano; en aquella terrible retirada, los Charrúas escalonados de media en media legua, si bien perecieron en número de mil y más, vendieron muy caras sus vidas, á la fuerza de los Españoles y de los indios.

Marangoré, convencido de la traicion de Gachemané, juraba por todos los espíritus infernales, darle horrenda muerte, para que con su traidora vida, vengara la suerte de tantos valientes; Don Nuño y Sebastian, acongojados á cual más, se dirigian hácia el fuerte, seguidos de la mitad de su gente, en el más triste estado de cuerpo y de espíritu.

CAPÍTULO XIII.

Black spirits and white,
Red spirit and grey;
Mingle, mingle, mingle,
You that mingle may.
SHAKESPEARE[1].

Ocho dias despues de la partida de Sebastian, una mañana que Lucia se dirigia al campamento, acompañada por Alejo, vieron venir de carrera á Anté, que desde una distancia les hacia señas para que se detuviesen. «¿Qué traes, hija mia, que así te agitas?» díjole Lucia. Anté respondió jadeando: «Deteneos, deteneos!» «¿Qué sucede, Anté?» preguntó Alejo alarmado. La jóven india replicó, con misterioso acento: «En el fuerte os lo diré, amigos mios, aquí podrian oirnos, venid, venid.» Pensando Lucia, en Sebastian, en extremo agitada, exclamó: «¿Qué es de mi marido, Anté? Responde, responde!» Y sacudia el brazo de la india, que trataba de arrastrarles hácia el fuerte. «Nada, nada, madrina; nada sé de él; vos sola estais en peligro.» Y la jóven, con lacrimoso acento, insistia para que la siguiesen. Condescendió Lucia y así que hubieron llegado, Anté, con voz conmovida y volviendo á Lucia sus enormes ojos, dijo: «El adivino dice que tú eres espíritu malo y que el demonio pide tu muerte.» «¡Ay, Alejo! ¿Qué haremos? Pobre madrina, pobrecita, la matarán.» «¡Eso aún está por ver, ¡raza de tigres!» exclamó el jóven, apartando bruscamente á su amante, que abria desmesurados ojos, con creciente alarma. Corro[2] al campamento, allí esos malditos indios me esplicarán qué significan sus amenazas.» «Detente, Alejo,» agregó Lucia, «no culpes á la pobre Anté; yo misma iré á pedir á Carripilun la explicacion que deseas; no te alarmes, hija mia, pronto aclararemos el misterio, prepárate á acompañarme. Tú, Alèjo, vendrás tambien conmigo; pero, sobre todo, prudencia y obediencia á mis mandatos.» Sin advertir á Oviedo ni á los demas Españoles, la intrépida jóven se dirigió al campo de los indios, seguida de los dos amantes.

Carripilun, sentado en el suelo, rodeado de todos los suyos, hombres y mujeres, hablaba en voz baja con el adivino. Cuando la Española se presentó en

---

[1] "Black spirits and white, red spirits and gray, / mingle, mingle, mingle, you that mingle may." ("Espíritus negros y blancos, espíritus rojos y grises; / mézclense, mézclense, mézclense, que pueden hacerlo). Esta canción es presumiblemente un tema tradicional usado también por Thomas Middleton en *The Witch* (c. 1609) (<www.tech.org/~cleary/witch.html>). Figura completa en la adaptación de Davenant de *Macbeth* (1674), no así en el *First Folio* de 1623 (ídem en Shakespeare 1975, 1.016 *Macbeth*, Act IV, Scene I.). Corresponde al conjuro de las brujas, en claro paralelismo con la trampa que el hechicero Gachemané prepara a Lucía. Capítulo publicado en *LT.* del Lunes 25 y Martes 26 de Junio, n.° 1,967, col. 2. En el número anterior, del Domingo 24, no aparece el folletín.

[2] Faltan en el texto original las comillas que indican el comienzo del parlamento de Alejo.

medio de ellos, oyóse un extraño murmullo por todos lados; Alejo lanzó terribles miradas á los indios; y Lucia, sin turbarse por aquella visible hostilidad, les dijo con dulce habla: «Buenos dias, hermanos.» Carripilun fué el único que respondió: «Buenos dias, Española, ¿qué buscas?» Sin darse por agraviada por tan seca respuesta, la jóven dirigió á Carripilun estas palabras: «Cacique principal de los Timbúes, tengo que hablarte; y cuida que has prometido tratarme como á tus propios hermanos, á quién tiene voluntad y fuerza.» «Habla, Española,» respondió el cacique, «el indio mantendrá su promesa hasta que aquellos que *quieren y pueden* más, que indios y Españoles, pidan lo contrario.» «Está bien, á ellos acudiré,» repuso Lucia. Y volviéndose luego al adivino, agregó: «¡Oh tú, sabio Gachemané, cuyos brillantes ojos tienen el poder de leer lo que aún se oculta, tras la oscura niebla de lo futuro; tú, cuyas palabras alcanzan lo que no es dado á ningun mortal; tú, que puedes evocar al mismo espíritu del mal; yo, que aspiro á conocer los secretos más recónditos de tu ciencia, te pido me inicies en los misterios de tu poder!»

El indio Gachemané, seducido por tan pomposo elogio, replicó con aire importante: «¿Qué quieres de mí? ¿Qué exiges de mi poder, mujer venida de extrañas tierras?» «Pido,» respondió Lucia, «me permitas ir, yo y los mios, al lugar sagrado, en donde evocarás mañana al rayar el alba, los espíritus malos: ellos pronunciarán nuestra sentencia, ellos decidirán si somos aún dignos de conocer los misterios de vuestras sagradas creencias.» El adivino respondió, que consentia en ello, siempre que Carripilun no lo desaprobase, convencido de que el espíritu del mal hablaria, así que le interrogase. En seguida, acercóse Lucia á aquellas indias, con las cuales tenía más amistad, y les dijo deseaba mucho saber, si aquellos dioses malos, eran en realidad superiores al Dios de los Cristianos, hallándose dispuesta, en tal caso, ella y sus compañeros, á reverenciarlos desde ese momento.

Como Carripilun consintiese en su demanda, prometió ella no faltar el siguiente dia, volviéndose luego al fuerte. Allí explicó á los Españoles, como era necesario tuviesen acierto y prudencia, para llevar á cabo el proyecto que se habia propuesto, explicándoles cuanto era del caso hacer para desbaratar las intrigas del pérfido Gachemané, siendo así que de ello dependia su salvacion, hallándose como se hallaban á la merced de aquellos salvajes. En vano le aseguraban los Españoles con ardientes protestas, bastar ellos con sus armas y el esfuerzo de su brazo, á intimidar á los salvajes; por fin, con el grande ascendiente que sobre ellos ejercia la discreta jóven, logró que se prestasen á segundar sus miras, dejando para otra ocasion el recurrir á la violencia.

Muy de mañana, acudió Lucia, al lugar de la cita, situado en las inmediaciones de un tupido bosque de espinillos y algarrobos, á unas cuadras del campamento de los Timbúes. Seguida de varios de los Españoles, se presentó cubierta con un gran manto negro á la veneciana, que la cubria de la cabeza á los piés. Cuando llegaron aún no se habia dado principio á la solemne evocacion. Pocos momentos despues, vieron llegar al hechicero, precedido por

Carripilun, Lirupé como esposa principal del cacique, la jóven prometida de Siripo y algunos nobles de la tribu.

Saludó Carripilun á los Españoles, y en seguida, tomando por las dos manos al hechicero, lo condujo hasta las inmediaciones de una pequeña choza[2] hecha de barro y paja que se hallaba á la entrada del bosque, diciéndole: «Alza tu voz inspirada y que el demonio nos explique sus deseos por medio de su propia presencia.» El hechicero, sin responder, levantó los ojos al cielo, y permaneció en esa posicion largo rato. Acostumbraban los tales hechiceros[3], ántes de sus ceremonias, confortarse debidamente con abundantes libaciones, sin duda con idea de despejar por este medio las tinieblas del espíritu.

Luego que Gachemané hubo meditado lo suficiente, comenzó la terrible ceremonia. Los indios, de pié á poca distancia de la chozuela, en la cual debia aparecer el demonio, fijaban en ella inquietas miradas, temerosos y ansiando á la vez, ver aparecer al horrible monstruo, cuya forma revestia siempre el espíritu del mal. El hechicero, bien bebido y alegre con los espíritus ardientes de la chicha, saltando y brincando cerca de la chozuela, evocaba al diablo con gritos descomunales. Torcíase espantosamente, arrojando por intervalos hondos gemidos, que iban aumentando de fuerza, hasta degenerar en horribles alaridos, llamando con la mayor fuerza de sus pulmones al demonio, con todos los nombres imaginables. Los indios, con el rostro bañado en sudor, fatigados con las cabriolas del adivino, como si ellos mismos las hiciesen, parecian querer devorar con la vista la chozuela. Nada se oía aún, la estera que cubria la pequeña entrada, permanecia inmóvil.

Fatigado en extremo el adivino, recurrió á un último expediente para convencer al tardío demonio; y rompió en terribles insultos y maldiciones por tan descortés tardanza. Al punto, convencidos los demonios por tan elocuentes expresiones, hicieron oir un espantoso rugido, semejante al del tigre, que llenó de espanto el corazon de los circunstantes: sintiéndose en seguida gritos y aullidos de todas clases.

Gachemané, más sosegado, limpiaba con las manos el abundante sudor que corria de su rostro, y volviéndose á los indios, gritó como hubiera podido hacerlo un titiritero: «¡Atencion!» En efecto, la estera de la chozuela, agitada con gran fuerza, amenazaba derrumbar las frágiles paredes; apareciendo por último, en medio de la puerta, el mismo demonio, en figura semi-humana. El espanto no tuvo límites; las mujeres arrojaron gritos de desesperacion y los hombres agacharon las cabezas, espantados por tan terrible espectáculo. El monstruo, con una especie de cabeza humana, cubierto el deforme cuerpo con una piel de tigre y de guanaco, descansando sobre cuatro enormes patas, que á la distancia parecian manos humanas, se agitaba para todos lados, como si

---

[2] *LT.*: pequeña (1) choza / (1) Guevara.
[3] *LT.*: hechiceros (2) / (2) Guevara.

estuviese muy agraviado. Á lo ménos, así explicó Gachemané su extraña inquietud, que hacia temer á los aterrados indios, saliese de la chozuela y se lanzase sobre ellos para devorarles.

Interrogado directamente el demonio sobre la importante cuestion que allí le habia traido, respondió en español, un tanto chapurreado: «Que Lucia y los suyos merecían morir despedazados en número de veinte mil pedazos.» Y despues de tan explícita respuesta, se entró repentinamente en la chozuela: la estera cubrió de nuevo la abertura.

Reinaba un silencio de muerte entre los circunstantes, nadie se animaba á romperlo. Las mujeres se cubrian la cara con las manos, y estrechaban sus hijos contra el seno. Los hombres contemplaban en silencio la terrible choza, casi sin atreverse á respirar. Carripilum con el rostro triste y reflexivo, ora fijaba con espanto sus miradas en la choza, ora las volvia compasivas al grupo de Españoles, donde Lucia, con su velo echado atras, ostentaba, en medio del general espanto, su rostro angelical. «Amigos mios,» dijo la intrépida jóven á los indios, «ya lo habeis oido, el terrible demonio pide nuestra muerte. ¿Quién podrá discutir sus mandatos?» Enseguida, acercándose á Carripilun, cuya agitacion crecía á medida que la jóven hablaba, agregó: «Concédeme, ilustre Carripilun, padre de los más afamados caciques de la Pampa, la gracia que te pido. El demonio quiere la muerte de mis hermanos, á la par que la mia, y yo, en nombre de esa ley de caridad que él condena, quiero pedirle perdone sus vidas y tome tan sólo la mía. Déjame penetrar en la chozuela, quizá mis ruegos logren ablandar al feroz monstruo.»

Al oir tales palabras, los indios, que todos amaban á Lucia, á pesar de las maldiciones del demonio, movidos á compasion, se llegaron á pedir al anciano no consistiese en tan espantosa prueba. Pero Lucia suplicó é insistió con tal instancia, que Carripilun, con paternal acento, contestó: «Que cumpla su destino, es una buena criatura y quién sabe....» Luego, sintiendo que se enternecía, ocultó el rostro entre las palmas. Lucia, con ágil paso y á pesar de las grandes instancias del mismo Gachemané, penetró en la tremenda chozuela, dejando caer tras de sí la estera.

Á pesar del temor, que á los indios inspiraba la vecindad de aquel lugar de misterio, acercáronse involuntariamente, movidos por un generoso impulso hácia la desventurada jóven, que suponian ya presa de las garras del monstruo. De repente, un feroz rugido que resonó en el interior, heló la sangre en las venas, prorrumpiendo muchos de los circunstantes, en gritos desaforados, volviendo furiosos sus ojos á los inmóviles Españoles, que con la más estúpida sangre fria habian consentido en tan generoso sacrificio.

La jóven Anté, con rostro tranquilo y sereno continente, contrastaba singularmente con la general agitacion.

Cuando hubieron pasado algunos minutos, Gachemané, que parecia deseoso de entrar en la chozuela, tal era su agitacion, dijo á Carripilun que todo estaba concluido, y que era oportuno retirarse; pero entónces los Españoles se

acercaron al cacique, pidiéndole esperase la decision del demonio; tomando especial cuidado de que el adivino no saliese del círculo, formado en derredor de la choza.

De repente, la estera se agitó de nuevo; y con singular asombro de todos, apareció en la puerta Lucia, tan bella y serena como de costumbre. Un grito de alegría acogió la aparicion de la jóven; ¡á sus piés, el demonio, en actitud suplicante, imploraba su proteccion! «Acercaos, amigos mios,» les dijo ella con dulce acento, «nada temais ya; hé aquí el terrible demonio rendido á mis piés; acercaos y sobre todo, cuidad que el sabio Gachemané venga á presenciar el fruto de sus estupendas maravillas.»

Carripilun fué el primero que, á pesar de su edad, llegó cerca de la jóven, seguido luego por todos los indios, que empezaban á sentirse ménos tímidos. Entretanto, Gachemané sujeto por ambos brazos por dos Españoles, se deshacia en injurias pugnando por escaparse. ¡Cuál sería el asombro del sabio y prudente Carripilun, al reconocer en el terrible demonio, á una de las muchas mujeres de Gachemané, la vieja Upay[4], que á toda prisa se despojaba de sus diabólicos atavíos, pidiendo á Lucia, no la abandonase á la venganza de los indios!

La jóven, con expresiones cariñosas, le aseguraba no correr riesgo alguno y que debia fiar en su promesa.

Los indios, que se veian burlados de una manera tan grosera, querian echarse sobre la pobre vieja, que tanto terror les habia impuesto ántes, penetrando osados en la chozuela, por los mil agujeros que por todos lados tenía. Pero lo que puso colmo á su furor, fué la aparicion de Oviedo y Alejo, trayendo del interior del monte nuevos demonios, todos pintarrajeados, cuyo aire mohino y cabisbajo contrastaba grotescamente con las pieles de tigre y leon que los cubrian. Sobre ellos se arrojaron furiosos, hombres y mujeres, no bastando á contenerlos las mansas exhortaciones de Lucia, ni las palabras de Carripilun. Aquellos infelices, cómplices de Gachemané, perecieron sofocados por los rabiosos indios, cuyo espíritu, con esa elasticidad propia del salvaje, habia pasado del más completo abatimiento á la más ardiente exasperacion. Las indias besaban las manos de Lucia, llamándola Dios, luna, sol, pero ella con angelical sonrisa, les decia: «Sólo es Dios aquel que está en los Cielos, que abate al orgulloso y eleva al humilde.» Fué necesario todo el valimiento que con ellos tenía al presente Lucia, para conseguir el perdon de la vieja Upay, que, aterrada, no osaba desprenderse un momento de sus ropas. Pero no le fué posible conseguir otro tanto para Gachemané, que segun allí mismo sentenció el sabio Carripilun, debia ser ahorcado aquel mismo dia, frente á la chozuela, al caer la

---

[4] *LT.*: Gachemané, (3) / (3) Guevara. Upay. No aparece en el vocabulario de De Angelis. Tampoco en los diccionarios mapuche ni guaraní. Las palabras más aproximadas son, en mapuche: "*Upen*: tr. Descuidar a alguno//. Distraer la atención de alguien" (Erize 1960). Y en guaraní "*Upéi*: adv. Después". (Guasch 1961, 739).

tarde, cuando el sol velase su faz divina, para no insultar con el suplicio de aquel infame, á la soberana majestad[5].

Lucia fué conducida en triunfo, seguida del vencido demonio, que desde entónces no salió jamas del fuerte, temerosa de que los indios satisfaciesen en ella su venganza.

Anté, cuya alegría era desmedida, tomada de la mano de Alejo, no cesaba de alabar su conducta por haber, con su actividad y celo, salvado la vida á su querida madrina.

Carripilun y todos los nobles Timbúes, seguidos de sus familias, vinieron aquella misma noche al fuerte á dar cuenta á Lucia, de haberse cumplido ya la sentencia del infeliz hechicero y á renovarle sus protestas de amistad.

Enternecida Lucia, respondió, pidiéndoles creyesen siempre en la buena intencion de sus palabras, que eran inspiradas por el caritativo impulso de hacerles conocer el verdadero Dios, y como expiacion al error que habian cometido, hízoles prometer vendrian el dia siguiente á visitar con ella la cruz del Santo.

[5] *LT.* : magestad.(4) / (4) Guevara.

CAPÍTULO XIV.

Amor[1].

Cuando don Nuño y Sebastian, de vuelta de su desgraciada expedicion, supieron el peligro que Lucia y sus compañeros habian corrido, y del cual se libraron, sólo gracias á la entereza y sagacidad de la jóven esposa, entraron en alarma, temiendo las terribles consecuencias de tan odiosa trama. Al punto dirigieron sus quejas á Marangoré, intimándole con amenazas, cesaran una vez por todas, tan estúpidas como crueles sospechas. El jóven cacique, que deploraba no haber podido hacer justicia por sus manos, con el pérfido adivino, que les habia preparado tan traidora emboscada, siendo causante ademas, de una agitacion, cuyas consecuencias hubieran sido terribles para los cristianos, que tan valioso auxilio acababan de prestarle en aquella importante expedicion, disculpó lo mejor que pudo, la conducta de los suyos, alegando razones más ó ménos fuertes, y prometiendo solemnemente á los Españoles, no volverian jamas á repetirse tan penosas escenas. Renovóse el pacto de alianza; y en aquellos mismos dias tomó Marangoré posesion del cacicazgo, con toda solemnidad, reservándose tan sólo el anciano padre, el derecho de sacerdocio[2], que en los matrimonios ejercia el cacique principal.

Poco tiempo despues que tuvieron lugar estos acontecimientos, volvió Gaboto de su viaje al Paraguay[3], en donde permaneció sólo tres meses. Ya hemos visto los resultados que obtuvo y cómo algunos meses despues de su regreso, decidió ir en persona, á dar cuenta de ellos al emperador.

El dia mismo de la partida de Gaboto y de sus naves, Alejo Diez, que como buen hijo habia escrito unas pocas letras á su anciana madre, dándole noticias del lugar en que se hallaba y de la vida que allí llevaba, resolvió pedir consejo á Lucia para realizar su proyectado matrimonio con la jóven indígena. La falta de un sacerdote cristiano, que santificara su enlace, con la sagrada bendicion, era un embarazo que en sumo grado preocupaba al devoto Alejo, educado en las severas prácticas católicas. Viendo Lucia la afliccion del jóven amante, que ansiaba por dar á la bella Anté el título de esposa, segun los ritos cristianos, halló medio de combinarlo todo lo mejor posible, gracias á la juiciosidad de su espíritu; sin embargo, fué necesario obtener ántes el permiso de las *viejas* ó matronas de la tribu, que sólo lo concedian, cuando la jóven habia entrado ya en la pubertad[4] y no sin hacerle sufrir la ceremonia de usanza[5].

---

[1] Capítulo publicado en *LT.* del Jueves 28 de Junio, n.° ¿1,969? Material consultado muy deteriorado, por tratarse de las últimas páginas del volumen del primer semestre de 1860.
[2] *LT.*: derecho de (5) sacerdocio / (5) Guevara.
[3] Regreso de Caboto del Paraguay: año 1530. (Merriman 1960, 391-393).
[4] *LT.*: la (6) pubertad / (6) Guevara.

Deseosa de no darles ningun motivo de queja, decidió Lucia llegar ella misma á pedirles su aprobacion, prestándose á que se observasen sus severos ritos, que á la verdad, en nada se oponian, á la nueva dignidad de cristiana, á que Anté pertenecia.

El dia que las viejas concedieron el permiso para el enlace de la enamorada Anté, presenció Lucia la ceremonia que hacian sufrir á la jóven púber, luego que la consideraban en estado de casarse. Con una gruesa espina de *raya*[6], muy afilada, rapábanle completamente la cabeza, entre dos de las más ancianas; miéntras que las demas, sentadas en círculo al derredor, murmuraban una especie de canto muy lastimero. Luego que la jóven estuvo con la cabeza completamente desnuda, hiciéronla poner de rodillas, y con voz solemne le dijo una de las viejas que la habia rapado: «*Mujer*, no comerás carne de *tatú*[7], ni de

---

[5] Al entrar a la pubertad la mujer era sometida a una especie de iniciación de la vida doméstica. Se la cosía dentro de una hamaca, dejándole un orificio para poder comer y beber. A los tres días se la sacaba de allí y bajo un duro régimen una vieja se encargaba de ejercitarla en los quehaceres domésticos. Terminado este aprendizaje se le cortaban los cabellos y se le prohibía comer carne hasta que aquellos no estuviesen crecidos. Recién entonces se adornaba con las mejores prendas y collares y era apta para el casamiento. (Serrano 2000, 144-145).

[6] Puede referirse a la espina del pez raya. Además de la raya de mar, conocida en España (ver *DRAE*) existe en la Argentina la raya de río, de la que "se conocen cuatro especies: *Paratrygon motoro*, que tiene la cola más corta que el disco que forma su cuerpo, su superficie dorsal es de color gris marrón con una red de líneas negruzcas. La *Paratrygon hystrix* (ambas descritas por Müller y Henle 1841) tiene la cola más larga que el disco y presenta ocelos blancos. Se la llama vulgarmente: chucho pintado, raya brava o raya negra (el nombre más común). Las otras dos especies son: *P. Brachyurus* y *P. Brumi*. Estas rayas están provistas para su defensa de una espina fina y punzante colocada sobre el dorso de la cola y cuando se las pisa, arquean el cuerpo y la cola, clavando fuertemente su aguijón. Pareciera ser que con él se introdujera una sustancia o secreción tóxica de glándulas venenosas, lo que produce una herida ulcerante y rebelde de curación. Se la encuentra en el medio Paraná, los ejemplares más grandes (...) cerca de las islas frente a la ciudad Rosario y Santa Fe. (<www.elestanque.com/articulos/parana.html>). No hay por qué descartar, tampoco, una referencia al "rayo": arbusto espinoso muy usado para formar cercos vivos. (Neves 1975, 489). El padre Lozano refiere así estas prácticas: "Hechas esas experiencias, le cortaban el pelo que era para ellas la prueba más sensible, y era ley inviolable que no habían de gustar carne de ningún animal terrestre ó volátil, hasta que creciendo los cabellos cortados, le cubriesen las orejas, y en ese tiempo debía de ser tan exacta la modestia, que era crimen enorme levantar los ojos a mirar algún varón en el rostro (...) A todas estas pruebas, hechas con satisfacción o sin ella, era consecutivo el arrearla con sus mejores atavíos, que no excedían de unas cuentas de vidrio azul y semejantes bujerías apreciadas más que perlas o diamantes y desde entonces les era lícito conocer varón (...)" (Lozano 1873, 397-398).

[7] "Tatú: m. *Arg.*, *Bol.*, *Par.* y *Ur.* U. para denominar diversas especies de armadillo. Armadillo: m. Mamífero del orden de los Desdentados, con algunos dientes laterales. El cuerpo, que mide de tres a cinco decímetros de longitud, está protegido por un caparazón formado de placas óseas cubiertas por escamas córneas, las cuales son movibles, de modo que el animal puede arrollarse sobre sí mismo. Todas las especies son propias de América Meridional." (*DRAE* 2001). "Armadillo, nombre común de un mamífero emparentado con los osos hormigueros y los perezosos. El armadillo de nueve bandas, también llamado mulita

cheuque, ni de *micuren*[8], hasta que tus cabellos no hayan crecido hasta cubrirte las orejas; ni levantarás tus ojos del suelo, para mirar á los hombres hasta el dia en que te entreguemos á tu señor; y si no lo observas, los espíritus malos carguen contigo. ¡Levanta!» Y le dieron un fuerte golpe sobre la espalda, que hizo caer en tierra á la pobre Anté[9].

Desde entónces la enamorada india, tuvo que resistir á la terrible tentacion, que de contínuo la asediaba, absteniéndose como del más espantoso pecado, de fijar los ojos en el rostro de su amado.

En cuanto á Alejo, no podia disimular el mal efecto que le causaba, la singular reserva de la jóven y el notable estrago, que sus atractivos habian sufrido con la pérdida del cabello: efectivamente, estaba horrible con su inmensa cabeza desnuda y más blanca que el aceitunado rostro, que parecia más lustroso y moreno, privado del auxilio de los negros cabellos que tan bien caian á sus grandes y pensativos ojos. Con cierta tristeza observa Lucia que Alejo hace más de una infidelidad á la pobre *pelada*, como la llaman sus compañeras.

Marangoré venía todas las mañanas al fuerte, y despues de acompañar á los Españoles en su almuerzo, iba con Sebastian y algunos otros jóvenes á cazar avestruces y gamas, siendo para el cacique un inmenso placer, disparar de vez en cuando, un hermoso arcabuz, presente de Sebastian. Como no era justo, sin embargo, gastar las pocas municiones que les quedaban, hasta la vuelta de Gaboto, disparando tiros al aire, el Español ofrecia, sólo de vez en cuando al cacique, uno que otro tiro, en sus frecuentes cacerías.

En los dias de mal tiempo, pasábase Marangoré horas y horas, escuchando al viejo Nuño y á Sebastian recordar sus hechos de armas, inflamándose extraordinariamente el intrépido jóven, con el vivo relato de las guerras europeas. Le explica Sebastian, la manera de disponer un ejército, sus evoluciones, sus marchas, háblale de la utilidad que en sus guerras reportan del uso de unos animales muy valientes y hermosos, llamados caballos, dibújaselos en tierra con la punta de su sable y le explica el modo de adiestrarlos y manejarlos, convirtiéndolos así en indispensables compañeros del soldado.

«Feliz yo,» exclama Marangoré, «si pudiera montar uno de esos soberbios potros y lanzarme á nuestra pampa, arrebatado en su rápida carrera; entónces

---

grande, tatú o toche, se distribuye desde el norte de Argentina hasta el sur de los Estados Unidos. Existen otras especies nativas exclusivamente de Suramérica y son: el armadillo de seis bandas o gualacate, el armadillo de tres bandas o quirquincho bola y el armadillo gigante o tatú carreta. El tamaño de estos animales varía desde 15 cm, que es la longitud de las especies más pequeñas, hasta 1 m de longitud, excluyendo la cola, en el caso del armadillo gigante." (Neves 1975, 538).

[8] "Micuren (mircuré): en el Río de la Plata término referente a una especie de comadreja o zarigüella." (Neves 1975, 382).

[9] *LT.*: pobre Anté. (7) / (7) Guevara.

fuera el indio, poderoso y más libre que el viento; entónces yo sería superior aún al mismo espíritu del mal. Diera por uno de ellos, mi macana de alerce[10], mi arco nuevo y el hermoso collar de cuentas, regalo de boda de Antritipay.»

«En cuanto á eso, ya lo comprendo,» replicó don Nuño, «pues para ser verdaderamente soberano en vuestras desnudas pampas, os falta el caballo; con él, todo lo podríais vosotros, que estais acostumbrados al aire libre y necesitais cambiar de alojamiento como las golondrinas; no os aflijais, quizas los tendreis muy pronto. Á su vuelta, Gaboto nos traerá algunos de ellos; contad cuando ménos con uno, mi querido cacique.» El indio no respondió, pero sus ojos lanzaron chispas, tal fué el gozo que sintió.

Lucia, que asistia siempre á estas conferencias, dijo de improviso; «¿No deseais, Marangoré, conocer nuestra España? ¡Cómo me gustaria poder pagaros allá en nuestra patria, la hospitalidad que nos habeis dado en la vuestra! Espero que el dia en que nos demos á la vela, para las costas europeas, consentireis en seguirnos; allí veréis esos famosos caballos que tanto deseais; admirareis la belleza de nuestras ciudades; visitareis los espléndidos templos, donde reverenciaremos la imágen de nuestro Dios. ¡Qué suerte, si pudiésemos conseguir, que vos y la hermosa Lirupé, abrazáseis nuestra santa fe! Seríais nuestros hermanos, viviríamos juntos; y yo, Sebastian y todos á porfía, nos disputaríamos la dicha de instruiros en los divinos misterios! Oh! ¡qué bien sentarán á vuestra esposa, nuestros atavíos, allá en Murcia, en nuestra pequeña casa! ¡Pobre fray Pablo! ¡Seríamos felices, muy felices!»

En tanto la jóven hablaba, el salvaje la escuchó mudo, fija la profunda y melancólica mirada, en aquel rostro encantador, pendiente de sus labios y como si desease prolongar por más tiempo, el encanto de aquella voz dulcísima.

Interrumpió Sebastian su distraccion, diciéndole: «Y bien, Marangoré, ¿qué respondes? ¿Aceptas nuestra hospitalidad?» El cacique, como despertando de un sueño, pareció sorprenderse, por las palabras de Sebastian; cerró repentinamente los ojos, abriólos como á su pesar y contestó suspirando:

«El dia que vuestras naves se den á la vela, para las costas europeas, el hijo del desierto os contemplará silencioso desde la orilla; idos en buena hora; marchaos á vuestras bellas ciudades; el hijo de la pampa, no podrá jamas respirar con libertad, en la estrechez de vuestras habitaciones. Yo me quedaré aquí con mis indios, que no me abandonarán jamas, porque son indios como Marangoré y no visten vuestros trajes, ni montan vuestros caballos; yo me quedaré aquí á guardar la cruz del santo.» Y al pronunciar estas palabras, el indio salió de la habitacion y no volvió en muchos dias.

Lucia, que temia haberle ofendido, deseaba vivamente decirle algunas palabras amistosas; pero los dias pasaban y sólo Siripo venía al fuerte. Siendo de

---

[10] alerce: "m. Árbol de la familia de las Abietáceas, que adquiere considerable altura, de tronco derecho y delgado, ramas abiertas y hojas blandas, de color verde y cuyo fruto es una piña menor que la del pino". (*DRAE* 2001).

notarse, que, á medida que iba en aumento el afecto que á Marangoré tenian, Siripo se hacía más odioso á los Españoles, pues siempre silencioso y reservado, apénas hablaba una que otra palabra, permaneciendo horas enteras en el fuerte, mudo como una estátua: parece no entender el español, responde apénas, nunca pregunta.

Una tarde en que Lucia iba á rezar á la tumba de fray Pablo, vió cerca de la cruz un indio recostado sobre su flecha; de léjos, parécele Marangoré; al punto le llama por su nombre, apresura su paso, y temiendo se marche, le grita: «Aguarda!» Al escuchar aquella voz, el indio levanta la cabeza, reconoce á Lucia y trata de huir; pero ya no es tiempo; la jóven está á su lado y le pide que no se marche. Marangoré se detiene, inclina la cabeza sobre el pecho y espera las palabras de Lucia, que, agitada aún por la carrera, le dice con voz trémula: «¡Qué suerte que estés aquí, amigo; espera, escucha; ¿por qué no vienes ya al fuerte? ¿Qué te hemos hecho? ¿Acaso ya no eres nuestro amigo? Habla, Marangoré, contesta á tu amiga.» Y la jóven puso su delicada mano sobre el brazo del indio. Marangoré, al contacto de aquella mano, sintió que su sangre toda, convertida en fuego, abrasaba sus venas; extraño vértigo dobló sus rodillas, ahogósele la voz en la garganta, hondo gemido arrojó su pecho. Lucia, sin adivinar lo que pasa por el alma del salvaje, agrega con acento cariñoso: «¿Qué tienes, Marangoré; de qué te acusas?» Y trata de levantarle; pero él, con voz apagada, responde: «Perdona, perdona, señora.»

«Bien está,» replicó Lucia, sonriendo, «te perdono, aunque venía dispuesta á pedirte á tí que me perdonases mis imprudentes palabras del otro dia; díjelas, indio amigo, sin intencion de ofenderte.» Y la jóven pronunció la palabra *indio* con marcado acento, deseosa de halagar la salvaje vanidad del cacique.

Levantándose entónces, Marangoré, de la humilde postura en que habia permanecido hasta entónces y volviéndose á la cruz, dijo con acento solemne estas palabras:

«Cristiana, pídele al santo, calme las tempestades de la Pampa; el indio se va á su choza; tú puedes rogar en paz á tus dioses, mujer de rostro de luna y ojos de estrellas.»

No comprende Lucia las palabras de Marangoré; de pié, en el mismo sitio, sigue involuntariamente con distraidos ojos la figura del indio, que se aleja por aquella vasta llanura, en donde ni una yerba crece más alta que otra: el sol poniente tiñe con sus reflejos encendidos el horizonte, celajes de oro y púrpura cambian el color de las nubes. Á medida que el salvaje se aleja, siente Lucia en el fondo del corazon una voz que gime mansamente y le presagia lágrimas y duelo.

Ausente de pensamiento, inmóvil, permanece largo rato, sin darse cuenta de la opresion que siente su alma, olvida el sagrado deber que á aquel santo lugar la llevaba; de improviso, el volido de una tórtola, que viene á posarse sobre la cruz, sácala de su distraccion; y levantando sus miradas al cielo, exclama: «Padre que

estás en el Cielo, ten misericordia de nosotros.» Y fué á arrodillarse en seguida delante de la cruz.

Mucho tiempo oró Lucia sobre aquella tumba amada, y cuando al cabo de dos horas volvió al fuerte, la regeneradora influencia de la oracion, habia disipado completamente las aprehensiones del corazon.

CAPÍTULO XV.

Phyar avait vécu presque l'âge des chênes.

LAMARTINE[1].

Carripilun se siente cada dia más achacoso; apénas si puede levantarse ya del montón de paja, que en el interior de su choza le sirve de lecho; sus hijos y sus mujeres lo rodean de contínuo, temerosos de que la muerte le sorprenda solo.

Los Españoles le visitan todos los dias; don Nuño va de mañana, durante la fuerza del sol, á distraer con su conversacion al abatido anciano.

Marangoré, desde el dia en que su padre no pudo levantarse del lecho, parece sumido en la más negra melancolía, nada le gusta ya; las animadas descripciones de aquellos combates europeos, que hasta al moribundo cacique agradan y distraen, y que ántes inflamaban su ardimiento, apénas sí son escuchados. Sus ojos, fijos constantemente en tierra, son indicio cierto, de la preocupacion que le devora. Las gracias y tesoros de la hermosa Lirupé, olvidados yacen, sin alcanzar siquiera una mirada del ántes tan enamorado cacique. No va á la caza ni á la pesca, floja la cuerda de su arco, allá está, en un rincon de su choza, cubierta de polvo en compañía de las agudas flechas y de la terrible macana. Él, ántes tan cuidado del sencillo atavío, que tanto realce daba á su varonil belleza, no cuida ya de las vistosas plumas, que el viento arrebata y destroza, sueltos los largos cabellos en confuso descuido, apénas cubre la

---

[1] "Phayr avait vécu presque l'âge des chênes / Sans avoir jamais vu les merveilles humaines / Dont les enfants du meurtre e leur posterité / Avaient couvert le sein du vieux monde habité". ("Phayr había vivido casi la edad de los robles / sin haber visto nunca las maravillas humanas / de las que los hijos del crimen y su posteridad / habían cubierto el seno del viejo mundo habitado"). Una vez más, Eduarda incurre en una metátesis, dado que transcribe "Phyar" en lugar de "Phayr" (Lamartine 1930, 72). Este epígrafe se halla en la "Segunda visión" del libro en verso *La chute d'un ange* (1838). *La caída de un ángel*, junto a *Jocelyn* –netamente superior–, constituye una epopeya espiritual y simbólica sobre el destino humano. El narrador relata que en los primeros tiempos del mundo, un ángel, enamorado de una mortal, hija de Phayr –padre de una antiquísima tribu salvaje y errante del Líbano, en los primeros tiempos del mundo–, logra convertirse en hombre para obtener su amor; luego de dolorosas y formidables aventuras, es condenado a la hoguera en medio del desierto, junto a ella y sus hijos; un espíritu profetiza que expiará su falta a través de nueve existencias sucesivas; y las lluvias del diluvio comienzan. En la novela se intenta otorgar connotaciones míticas a Carripilun, al asimilarlo a Phayr. Ambos son de edad avanzada: Phayr, tan veterano como un roble, y Carripilun, que cuenta con "novecientas lunas". Ambos poseen una progenie de varones, destinada a defender el honor y la seguridad de su tribu. La imagen del roble –muy recurrente en Lamartine– se hace presente como símbolo de duración, resistencia y fortaleza, y es atribuible a ambos patriarcas. El ejemplar de *LT.* consultado se encuentra totalmente deteriorado. Falta la publicación del Viernes 29 de Junio. No se pudo constatar que el epígrafe de 1882 se corresponda con el de 1860.

desnudez de su cuerpo, con la cintura, que, con mustio semblante, le ofrece todos los dias la abandonada esposa.

Los indios todos, deploran al triste estado en que ven sumido á su amado cacique y lo atribuyen al pesar que le causa el estado de su padre. No falta, sin embargo, quien lea más claramente en el abatido semblante del hermoso Marangoré. La lucha que le consume se revela á las escudriñadoras miradas de su hermano. Siripo ha descubierto el secreto de aquella alma; que más de una vez, sorprendió sus ojos, devorando osados, los castos encantos de la Española; sin embargo, aún nada ha preguntado á Marangoré, ni siquiera parece notar el cambio, que cada dia se hace más visible en sus hábitos y en sus gustos. El astuto Siripo aguarda el momento favorable, silencioso y reservado, casi tanto como su hermano; semejante al buitre que se complace en observar las agitaciones de la presa que atisba, ántes de echarse sobre ella, para devorarla, sigue con ojo avisado, los rápidos estragos que la pasion hace en el alma del enamorado jóven.

Murió Carripilun, despues de una penosa enfermedad; y desde ese momento, Marangoré reinó exclusivamente sobre los Timbúes.

Luego que el anciano espiró, se ocuparon de la importante ceremonia del entierro. Lucia, que era la única mujer europea, que habia quedado en aquellos lugares, despues de la partida de Gaboto, vino de nuevo á ofrecer sus servicios en tan tristes momentos, á pesar de que, durante la enfermedad del cacique, sus médicos no habian consentido jamas, en que le hiciesen ninguno de los remedios que ella indicara.

Despues que vistieron al anciano sus más vistosas plumas y que le pintarrajearon el cuerpo y la cara, con los más grotestos garabatos, le llevaron en brazos varios indios, hasta el lugar en que estaba ya la fosa preparada. Esta consistia, en una excavacion muy profunda y ancha, que podia contener cómodamente cuatro cadáveres; allí pusiéronle medio sentado, colocando al alcance de sus manos, varios animales muertos, que debían servirle de alimento, durante el corto tiempo, que su alma permaneciese en aquel cuerpo tan viejo; poniéndole tambien sus armas, para que se defendiese de los ataques, que por fuerza habian de hacerle los demonios. Pero, lo que más asombro y disgusto causó á los Españoles, fué el ver conducir á dos pobres indias muy viejas, que como inservibles ya, debian sacrificarse allí en provecho de Carripilun, á quien en la otra vida servirian de criadas, á lo ménos. En vano quisieron ellos oponer alguna resistencia á tan bárbara como inútil carnicería. Las indias, muy ufanas del honor que alcanzaban, participando de la tumba del cacique, pedian á gritos la muerte y ofrecian su garganta á la terrible flecha de los sacrificadores, que se apresuraron á darles muerte. En seguida, las pusieron en la fosa, y cubrieron todo, prolijamente, con unas esteras muy finas, hechas de paja, que taparon al fin con tierra.

Todos los indios debian presenciar la ceremonia, y volverse en seguida á sus chozas, guardando absoluta sobriedad, durante dos dias, siendo esta la única

manifestacion de dolor, que usaban hacer, cuando un indio moria, ya tan viejo y de muerte natural. Mucho pesar causó á los Españoles la muerte de Carripilun, que habia sido el primer amigo que habian tenido desde su llegada á las Pampas, y con el cual habian conservado hasta entónces, tan buenas relaciones.

CAPÍTULO XVI.

Tis not in words to tell the power
The despotism, that from, that hour
Passion held ó er me[1].

Muchos dias han pasado desde la muerte del antiguo cacique; los Españoles y los indios siguen viviendo en buena armonía, ocupándose unos y otros constantemente, en procurarse, por medio de la pesca y de la caza, lo necesario para la subsistencia.

Los indios hablan ya entre sí de cambiar de campamento, como acostumbran hacerlo, cuando comienzan en los alrededores á escasear aquellos animales, que son de su especial agrado; consistiendo este cambio, tan sólo en avanzar apénas una media legua, del lugar que ántes ocupaban[2].

En vano don Nuño y Sebastian se disputaban á porfia los medios de halagar al descontento cacique; Marangoré huye de su sociedad; y sin dar respuesta satisfactoria, que esplique su creciente abatimiento y descontento, se aparta de los suyos, dias enteros, entregándose solo y sin buscar consuelo, á la cruel preocupacion que le consume. Nuestros amigos, desalentados tambien con la partida de Gaboto y de muchos de los suyos, ven con disgusto el malestar creciente del indio, atribuyéndolo, en parte, al pesar causado por la muerte de su padre.

Síguele Sebastian en sus solitarias excursiones, insiste para que se adiestre en el manejo de aquellas armas que tanto le gustaban ántes; pero el jóven advierte que sus instancias son disgustosas y que el indio trata de huirle con marcada insistencia. Teme don Nuño comunicar sus aprehensiones á su amigo, no porque el viejo soldado, hubiera descubierto la pasion que ardia en el pecho del salvaje; pero no escapan á su ojo avisado, los desdenes del cacique, causándole extraños temores. ¡Cuánto deplora la especial circunstancia de hallarse allí Lucia! ¡Cómo le pesa no haber condescendido á las instancias de Gaboto! Con cautelosa vigilancia, aunque sin confiar á nadie su inquietud, por temor de alarmar inoportunamente á sus jóvenes compañeros, observa los

---

[1] "Tis not in words to tell the power, / The despotism that, from that hour, / Passion held o'er me" (Moore 1823, 8). En este epígrafe Mansilla varía la puntuación de la versión original en cuanto al uso de comas y apóstrofos; coloca un punto final que no aparece en el texto original. ("No alcanzan las palabras para expresar el poder / El despotismo que, desde esa hora, / La pasión ejerció sobre mí"). Estos versos de Moore hablan de una pasión tan poderosa como inefable e indómita. En este capítulo de la novela, los hermanos Marangoré y Siripo arden secretamente por el amor desenfrenado que ambos sienten por la misma mujer: Lucía. Siripo descubre el sentimiento de su hermano e íntimamente trama una traición para quedarse con la presa de sus deseos. Por deterioro de los ejemplares consultados, en la edición del Sábado 30 de Junio, n.° 1971, no se pudo realizar un cotejo completo.

[2] *LT.*: ocupaban (10) / (10) Guevara.

manejos de los indios, mézclase con ellos diariamente, é introdúcese en sus juegos, amoldando su reserva habitual á guisa de su variable espíritu.

Preocúpase especialmente de captarse la amistad del astuto Siripo, que fiel al papel que se ha impuesto[3], insiste en su ignorancia del castellano, negándose con una tenacidad verdaderamente india, á contestar á ninguna de las diversas preguntas que el Español le hace. Muy luego se convence, sin embargo, don Nuño, de la falsía del indio; y se propone observarle especialmente, afectando al propio tiempo la más entera confianza y buena fe. ¿Por qué el prudente anciano no sospechó siquiera, ni por un momento, cuál era la causa del extrañamiento del cacique? ¿Por qué, al contemplar las gracias de su hija adoptiva, un rayo de luz no alumbró su espíritu? ¡Cuántos males no hubieran podido evitarse entónces, cuántas lágrimas, cuánta sangre! Pero el corazon helado del Español, no descubria la llama ardiente que consumia el fogoso corazon del indio, y su fria razon, era lo único que oponia, al torrente de desencadenadas pasiones, que habian de arrebatarle en su furia.

Llegó por fin, el momento esperado con tanto disimulo y frialdad por el odioso Siripo. Era ya oportuno usar las armas aguzadas durante tanto tiempo, para enconar con diabólico arte, la herida hecha por los seductores encantos de Lucia. Buscó á Marangoré, donde estaba seguro de hallarle; y afectando un interes, que su hermano, tan favorecido por todos los dotes que él no poseia, no le habia inspirado jamas, le dijo:

«¿Qué tienes, hermano mio? ¿Qué puede así abatir el animoso corazon del más hermoso y esforzado cacique de las Pampas? ¿Acaso la bella Lirupé te dio motivo de queja? ¿Y si tal fué, quién podrá oponerse á la pena que su falta merece? ¿Acaso tu voluntad no es aquí ley para todos? Habla, cacique, confia al hermano, las penas de tu corazon de águila. ¿Qué deseas? ¿Qué mandas?» Y arrodillado, esperó una respuesta á sus insidiosas palabras. Marangoré, tendido sobre la yerba, en lánguida y abandonada actitud, semeja un leon herido en el desierto por la flecha de hábil cazador; apénas mueve su hermosa cabeza de la posicion en que se halla, descansando sobre uno de sus brazos; responde sólo con un profundo suspiro. Levantándose entónces Siripo, acércasele más, y sentándose á su lado, continúa con voz suave: «Bien lo veo, hermano mio, tus preocupaciones tienen un objeto más atrevido y ventajoso para tus amados Timbúes; piensas en ellos, en los Españoles; *ya comprendo.*» Marangoré, conservando siempre la inmovilidad, volvió, al escuchar estas palabras, su

[3] Siripo, al fingir no conocer el castellano manifiesta su repudio y su necesidad de mostrarse "diferente" del otro que viene a imponer sus costumbres y su idioma. En el diálogo que mantienen los hermanos quedan sintetizados sus caracteres mediante las imágenes y el campo léxico con que son descriptos. En las figuras de los caciques timbúes parece centrarse toda la problemática de la conquista. La mirada del europeo frente al habitante de las tierras conquistadas no es capaz de vislumbrar los matices; sin embargo, en Eduarda Mansilla se observa una comprensión y un verdadero conocimiento antropológico de los habitantes de nuestras tierras. (Guidotti 2001).

penetrante mirada hácia los chispeantes ojos de su hermano, y fijándola por algunos instantes, pareció incitarle á concluir su pensamiento; pero el hábil diplomático de la Pampa, mantuvo aquella mirada, sin desconcertarse, guardó silencio y esperó el efecto de lo que acababa de decir. Marangoré tornó á mirar al cielo con distraccion. El tentador esperó.

Largo rato permanecieron ambos en silencio, pareciéndole por momentos á Siripo, que á hurtadillas miraba á su hermano, que el cacique dormia, acariciado por el sol que bañaba su rostro; pero un nuevo suspiro que exhaló el amante, le indicó claramente el camino que debia seguir.

«Sabe,» dijo de repente Siripo, «que no es más bella la esbelta garza que refresca y lava sus plumas en las claras aguas del arroyo, que la hermosa Lucia, cuando sueltos los largos cabellos, baña su desnudo cuerpo en la pura corriente del rio, que amoroso refleja su imagen.» Marangoré, como si hubiera sido picado por venenoso reptil, se incorporó de improviso, y extrujando convulso el brazo de su hermano, le dijo, apretando los dientes: «¿La viste tú? traidor!» Siripo, bajó la cabeza, y contestó con humilde acento: «Ántes me diera yo mismo la muerte; ántes clavara mi flecha en la garganta; guárdenme los espíritus del mal de fijar mis indignos ojos en la mujer amada por mi señor; súpelo por Anté, su protegida, su ahijada.» Marangoré soltó el brazo de su hermano y se dejó caer de nuevo, con indolencia. «¡Digna es de que la ames,» continuó Siripo, «tú el primero entre los primeros; pero la blanca Española, de rostro de liutos[4] y voz de zorzal, tiene otro dueño y sus encantos . . . . »

«¡Qué quieres de mí, demonio!» exclamó el cacique con voz ronca, cubriéndose el rostro con ambas manos, «calla; no me atormentes.»

«Acaso,» agregó Siripo, «el ilustre descendiente de tantos héroes, se contentará tan sólo con gemir y lamentarse, como la inofensiva *torcaza*[5] del monte? ¿Qué se hicieron tus brios, luz de la Pampa? ¿Qué se hizo el antiguo esfuerzo? ¿Dónde están tus armas? Aguza la aguda flecha; llama á los tuyos, y todos acudirán á tu voz, rápidos como la muerte que da mi saeta. Levanta, descendiente de Agachac, despierta hijo del Sol; corre á disputar la hermosa Lucia, de ojos de tórtola, á ese puñado de hambrientos Españoles. Aquí estamos nosotros, tus hermanos, tus fieles Timbúes.»

---

[4] Liuto: Del araucano "*ligh*, blanco, y *thunor*, polvo, porque la fécula de esta planta es efectivamente un polvo blanco" /. *Alstroemeria ligtu.* m. Nombre vulgar chileno de una planta de las amaridiliáceas, de flores umbeladas de color de rosa, con las hojuelas del perigonio oblongas y lanceoladas, de largas y gruesas raíces tuberosas, feculentas, de las cuales se hace una harina blanca, ligera, nutritiva y tan sana, que sirve de alimento para enfermos". (Santa María II 1942). *Liuto*: s. "Planta conocida por peregrina, de cuyas raíces bulbosas se extrae chuño (...) *Liutu*: s. Planta medicinal que utilizaban para dar leche a las madres. Liu: adj. Blanco, claro // sinón. Lig, Lien". (Erize 1960).

[5] torcaza: "Americanismo. Paloma torcaz. Dícese de una variedad de paloma de cuello verdoso cortado por un collar incompleto muy blanco." [Primer registro: *DRAE* 1927].

«¿Olvidas,» replicó el amante en voz baja y con mirar que contrastaba con sus palabras, «que nuestro padre, que yo mismo, juré protegerles, defenderles como á nuestros hermanos? ¡Oh! no, jamas! No puedo ser traidor, aparta; déjame.» Y el valiente cacique huyó del lado del tentador. Pero este, viéndole alejarse, exclamó con sonrisa irónica. «No importa, ilustre, hermoso Marangoré, el preferido de todos, *mi cacique, mi señor,* tú mismo la pondrás en mis manos, esperaré.»

Entretanto, la hermosa Lirupé, gime y se afana viéndose desdeñada por aquel que tanto ama. En tan triste situacion, corre á consultar las matronas de la tribu. Ellas, reunidas en grave conciliábulo le dicen ser necesario aguarde hasta el dia siguiente, en que decidirán qué es lo más prudente hacer en tan crítico momento.

Tambien Anté es infeliz, ella tambien se apercibe del alejamiento de Alejo y no puede ménos que deplorar su triste suerte. ¿Qué ha podido así, cambiarlo de tierno y amante, en esquivo y desapegado? La doncella teme confiar su pena á Lucia, y, sin embargo, no sabe cómo remediar su mal. ¿Qué hará? Apénas si sus cabellos comienzan á crecer, en vano impaciente asoma su rostro pálido y abatido por el ayuno, al claro rio, que le sirve de espejo y que, desapiadado refleja su despoblado cráneo. ¡Aún falta tanto que esperar! ¡Qué remedio sino llorar y llorar! El cruel, ni siquiera nota el abatimiento que la devora, y con traidora buena fe cíñese á los severos ritos, que son única causa de su martirio. La pobre Anté fija más de una vez sus grandes ojos en la rápida corriente, con ideas de muerte; pero tiene miedo; y espantada de sí misma, corre á refugiarse á los piés de Lucia.

«¡Pobre hija mia!» dícele con ademan cariñoso su madrina, acariciando aquel pálido rostro; no[6] te apesadumbres tanto, ya empiezan á crecer esos tardíos cabellos, no quiero ser yo tan severa como vuestras matronas; Alejo, abraza á tu novia, que pronto dejará de serlo, mira cuan pálida está, sus ojos tienen lágrimas; mucho te quiere!»

Alejo, que, á pesar de todo, amaba á la jóven india, sintió en ese momento algo parecido á un remordimiento, y abrazándola con pasion, se permitió estampar en sus mejillas dos besos. Anté, con el corazon que queria saltársele del pecho, recibió las caricias de su amante con el rostro encendido como la flor de los ceibos, creyendo no faltar á lo prometido, pues apénas si habia mirado sin saber cómo al bizarro Español.

---

[6] Faltan en el texto original las comillas que indican el comienzo del parlamento de Lucía.

CAPÍTULO XVII.

L'amour, miel et poison, l'amour philtre de feu,
Fait du souffle melé de l'homme et de la femme,
Des frisons de la chair et des rêves de l'âme.
HUGO[1].

Un dia solo no faltó Siripo al lugar apartado y solitario, en que ántes habló al infeliz Marangoré; allí, con el más refinado arte, torturó el herido corazon de su hermano, ora pintándole con vivas imágenes los encantos de Lucia, ora mostrándosela en brazos de Sebastian, enamorado y dichoso, incitando sin piedad sus agudos celos de salvaje.

Con diabólica maestría, aparta uno á uno los escollos, que impone al caballeresco cacique su palabra dada; el tentador todo lo convierte en armas para su demanda; él todo lo combina y facilita á guisa de su deseo; insiste, suplica, manda; no hay medio que no toque. Marangoré, abatido, rendido por la violencia de sus pasiones, subyugado por las instancias, resiste, lucha, y cede al fin, ahogando los generosos impulsos del corazon. No le abandona ya Siripo, ni de noche ni de dia, semejante á un mal pensamiento, que se impone, que atosiga, que mata; el desapiadado hermano, no da un momento de descanso á su víctima, que, confiada, vencida, se entrega á él y le da nueva palabra de no oponerse á sus designios. Con obsequiosa maña, toma el tentador á su cargo el desenlace de sus acertadas maquinaciones y espera la ocasion favorable.

Las matronas de la tribu, decidieron, que el único medio de atraer nuevamente á Marangoré al amor que ántes habia profesado á su esposa, era que ésta se sometiese á la más rigorosa[2] abstinencia y que obtuviese de los

---

[1] Del poema "Noces et Festins" ("Bodas y festines"), en el cual se habla del gozo de una fiesta de bodas. Pertenece al poemario *Les chants du crépuscule* (Hugo 2002, 701-704). "Le pouvoir enivrant qui change l'homme en dieu; / L'amour, miel et poison, l'amour philtre de feu, / Fait du souffle mêlé de l'homme et de la femme, / Des frissons de la chair et des rêves de l'âme" (vv. 35-38). ("El poder embriagador que transforma al hombre en dios; / El amor, miel y veneno, el amor filtro de fuego, / Hecho del aliento mezclado del hombre y de la mujer, / De los estremecimientos de la carne y de los sueños del alma"). Este concepto del amor como conjunción perfecta entre miel y veneno coincide con el sentimiento frustrado de Marangoré por Lucía, dulce y apasionado a un tiempo, pero también fraguado de dolor y desilusión, terreno ideal para que Siripo siembre la ponzoña de los celos y se precipiten así los hechos futuros. Esta cita de Hugo enfatiza el concepto de pasión en su sentido pleno ya que involucra tanto el espíritu como la carne, que glorifica y aniquila. Como exponente de la sensibilidad romántica, el cacique Marangoré está muy lejos de la lascivia animalizada que otros textos argentinos previos –*La cautiva*, de Echeverría– atribuyen a los indios. Por su parte la apasionada Lirupé, que ama ejemplarmente a Marangoré, está dispuesta a cualquier sacrificio para recobrar el amor de su esposo. Por deterioro del ejemplar consultado, no se pudo corroborar el epígrafe en la publicación de *LT.* del Sábado 30 de Junio, n.° 1.971.

[2] rigorosa (abstinencia) por rigurosa.

principales nobles de la tribu, aconsejasen al cacique, cambiasen de campo cuanto ántes, pues aquella no era sino una de las muchas calamidades que habian de sufrir, si se obstinaban en seguir despoblando aquel lugar, de los pocos animales que aún quedaban.

Ansiosa Lirupé, de ver á su amado Marangoré recobrar los antiguos brios y volver á los dichosos tiempos de sus primeros amores, fuése aquel mismo dia á la choza de Siripo, para interesarlo en su demanda. Con lágrimas de amargura, pintó á su cuñado la triste vida que llevaba hacia tres meses, pidiéndole en nombre de lo que más amaba, no la dejase morir desesperada.

Prometió Siripo segundar sus miras, y ofrecióse á hablar aquel mismo dia á Marangoré, logrando de esta manera calmar un tanto el crudo dolor de la bella Lirupé, que, agradecida, le ofreció pediria á su padre la más bella de sus hermanas, para dársela á él por esposa.

Al punto llegó el traidor á las chozas de aquellos indios más valientes y atrevidos, y les dijo era necesario, que aquella misma noche, despues de la salida de la luna, se hallasen reunidos todos en un sitio poco distante del campamento, llamado de los Liutos; y que se preparasen á escuchar, cosas de suma importancia.

Marangoré, cuyo abatimiento va en aumento desde el fatal instante en que consintió en escuchar los falsos consejos de su hermano, se pasa dias enteros léjos de sus chozas, sin probar alimento, contentándose sólo, con ver á Lucia desde léjos, cuando va á rezar sobre la tumba del santo. Oculto tras los árboles, la devora en silencio con ardientes miradas, revolviendo en su pecho los planes de Siripo y dando nuevo alimento á la pasion, que se anida en su alma.

Con creciente avidez, descubre uno á uno, los tesoros que encierra en casto conjunto el cuerpo de la bella Española; parécele por momentos, que la jóven le mira cariñosa, que lee en sus ojos el tormento cruel que ella sola le causa, y, fuera de sí, embriagado con la ilusion del propio deseo, se siente desfallecer. ¡Infeliz, más infeliz mil veces, que el hombre educado, cuyo corazon desde los primeros dias de la vida, templado de continuo en la tibia atmósfera de las conveniencias sociales, aprende á desamar y á desear sin cesar, reprimiendo con dureza sus más ardientes aspiraciones, y vive y muere con replegadas alas, que ni un instante siquiera, se despliegan libremente para dar libre vuelo á los más caros afectos! El hijo del desierto, nacido al aire libre de las Pampas, cuyos ojos abiertos á la calurosa luz del sol, abrazan desde el primer dia la inmensidad de la Pampa, y la esplendente bóveda del cielo, imágenes de libertad y amor; él, sin más ley que su deseo, sin más guia que el altivo pensamiento, siente, delante de Lucia, subyugada su rebelde naturaleza. Le vencen tanta gracia y mansedumbre; apénas si se atreve á mirarla, parécele que tiene miedo; brotan lágrimas de sus ojos, que no lloraron jamas desde la infancia, desalentado, abatido, se esconde cauteloso entre las ramas; caeria sin vida si el vestido de la jóven rozase á la pasada el árbol que le oculta á sus miradas.

CAPÍTULO XVIII[1].

Cuando Marangoré y Siripo acudieron al lugar en que estaban reunidos los nobles de la tribu, este dijo á su hermano: «Yo me encargo de hablarles; y te pido tan sólo, no desapruebes ninguna de mis medidas.»

El distraido cacique prometió cuanto le exigia, y en seguida se juntaron á los demas indios.

Dos dias despues que tuvo lugar esta reunion, hallándose don Nuño y Sebastian sentados cerca del rio, entregados al recuerdo de los amigos, que debian á la sazon hallarse muy cerca de la patria; discurriendo ambos sobre el tiempo que Gaboto necesitaba para arreglar los complicados asuntos que á España le llevaban, y sobre las probabilidades que de realizarlos tenía, vieron venir hácia ellos varios indios, precedidos de una especie de caciquillo llamado Gachay[2], que era muy estimado por los Españoles y por los indígenas. Gachay venía á invitarles para que le acompañasen á una expedicion de pocos dias, que, con el objeto de traer alguna buena caza, hacian en direccion al Sud Oeste, en la cual, esperaban tomase parte tambien el cacique; agregando, contaban como seguro, no le dejarian ellos ir solo con los suyos, temiendo, como temian, encontrar alguna tribu desconocida que les fuese hostil. Sebastian, que odiaba aquella vida tan monótona y poco variada, y muy especialmente, cuando se le anunciaba un peligro probable, aceptó al punto en su nombre y en el de los Españoles más principales, incitando al viejo Nuño á que sacudiese la pereza. Pero este, por esa u otra causa, se negó á tomar parte en la expedicion, prefiriendo quedarse en compañia de Lucia, con Oviedo y algunos soldados.

Muy de mañana, salieron los cazadores; y Sebastian, no queriendo turbar el sueño de su esposa, á quien habia prevenido la víspera, encomendó á Anté, le dijese, que á su vuelta le traeria dos chuñas[3] y un yajá.

A pesar de que don Nuño, veia al alférez Oviedo, muy deseoso de seguir á sus compañeros, le ordenó se quedase de segundo jefe, para guardar el fuerte.

Luego que Lucia, saliendo de su habitacion, vino á saludar á su viejo padre, este, sin saber por qué y acusándose casi de exceso de poltronería, causa sin duda de sus sesenta, que estaban ya cercanos, deploró que Sebastian hubiese llevado consigo aquellos soldados que eran de su mayor confianza; sin embargo, la idea del próximo regreso, calmó sus aprehensiones. Algunos dias han pasado

---

[1] Capítulo publicado en *LT.* del Lunes 2 y Martes 3 de Julio, n.° 1,972, desde la col. 2.

[2] La palabra mapuche más aproximada es "Huacha: s. cierta especie de pato". (Erize 1960). No hemos encontrado otras equivalencias.

[3] "Chuña: f. Ave suramericana, del mismo orden que las grullas, con cola larga y plumaje grisáceo. En el arranque de su pico lleva una serie de plumas finas, dispuestas en abanico. Anida en las ramas bajas de los árboles." (*DRAE* 2001). "Chuña. f. Ave de casi 1 m de altura, de cuello, patas y cola largos. Se halla bien adaptada para la carrera. Su coloración general es gris ocrácea o plomiza, según las especies. Frecuenta bosques y montes donde se alimenta de reptiles y pequeños mamíferos." (*DHA* 2004).

ya desde que los Españoles se ausentaron; todo ha seguido en el mismo estado: Lucia va como de costumbre al campo de los indios, y de vuelta, hace una visita á la tumba de su amado padrino; Anté la acompaña siempre, pues desde la partida de Sebastian, pasa la noche en el fuerte.

Alejo marchó tambien; y, sin embargo, la jóven amante, resiste con rostro alegre y animado aquella ausencia; sus cabellos han crecido mucho ya, y á su vuelta, Lucia le ha prometido que será su esposo. Lirupé, más pálida, y abatida que ántes, espera con impaciente agitacion, el resultado de su riguroso ayuno; su esposo, más esquivo que nunca, pasa muchos dias ausente de su lado, sin que nadie parezca inquietarse por tan extraña conducta.

Una mañana que Lucia se ocupaba de arreglar sus hermosos cabellos, delante del pequeño espejo que tenía frente al lecho, cubiertas las desnudas espaldas con una sencilla camisola de blanco lino, en tanto fijaba distraidos sus ojos, en la propia imájen; le pareció sentir un ligero ruido cerca de sí; y suponiendo desde luego, fuese su fiel Anté, le dijo, sin volverse: «Hija mia, alcánzame esa manta que esta ahí;» pero como no recibiese respuesta alguna, se volvió y vió que estaba sola. La jóven continuó peinándose, y miéntras que con una de sus bellas manos, sujetaba la inmensa cantidad de cabellos que tanto la embellecian, paseaba indiferente miradas de un lado á otro de la pared en que estaba colgado el espejo. De repente, por una de las muchas grietas que se habian formado en el barro de la pared, creyó ver dos ojos relucientes, que con extraña fijeza la miraban; su primer movimiento instintivo, fué cubrirse con ambas manos el desnudo seno y volver el rostro á otro lado; pero luego, un impulso involuntario de curiosidad, le hizo mirar de nuevo. Los ojos habian desaparecido ya, la luz tan sólo, filtraba por entre las junturas. «Era Anté,» dijo Lucia en voz alta. «¡Jesus me valga! ¡Qué susto me ha dado!»

Sin embargo, cuando más tarde interrogó á la india, ésta le aseguró no saber de qué le hablaba, y que jamas se hubiera atrevido á espiarla, habiéndoselo ella recomendado tantas veces. Lucia, aunque sin dar entera fe á las palabras de su ahijada, no se alarmó con tan extraña circunstancia, contentándose tan sólo con tapar aquellas grietas con algunas de sus ropas.

Los dias corren. Sebastian no puede ya tardar, y don Nuño se felicita interiormente de lo infundado de sus temores. Los Timbúes continúan tan pacíficos como ántes, dando á los Españoles contínuas pruebas de amistad; especialmente Siripo, que viene con frecuencia al fuerte y habla del triste estado de su hermano, á quien cree poseido de algun mal espíritu.

CAPÍTULO XIX.

Horrible, ¡most horrible!

SHAKESPEARE[1].

Una noche, poco despues de las doce, don Nuño, que en ausencia de Sebastian, dormia en una de las habitaciones de Lucia, se hallaba profundamente dormido soñando que un escuadron de moros que sobre él caia, destrozaba su tropa y le forzaba á huir. Agitado por tan terrible sueño, despertó el viejo soldado bañado en sudor, y aún despierto, costábale convencerse de su engaño. La luz de la luna, en toda su plenitud, entraba por la puerta, que por efecto del excesivo calor, habia dejado abierta; el aire, que á esas horas refresca la atmósfera, volvió la calma al anciano; pero como en la avanzada edad, cuesta tanto conciliar el perdido sueño, don Nuño, sin poder dormir, se agitaba en su lecho. De improviso, le pareció oir rumor lejano de pasos que se acercaban, y creyéndose aún impresionado por su desagradable sueño, se incorporó para escuchar mejor; pero no era ilusion, sus oidos de soldado no le han engañado; gente se acerca, y á pesar de que marchan con sigilo, en el silencio de la noche se oye el ruido de las hojas secas, que quiebran con sus pisadas.

Sin atender á más, monta el arcabuz que á su lado tiene y aguarda unos pocos segundos. El ruido ha cesado, pero el reflejo de la luna desviado por un cuerpo que se arrastra suavemente por el suelo, le muestra que su sospecha no fué vana. El prudente anciano, no sabe qué creer; le parece un indio, aquel que, inmóvil quedó tendido cerca de la puerta; ¿pero qué busca aquel indio? ¿Vendrá solo? No, que oyó pasos de muchos; ¿qué hará? Está tan cerca de Lucia; ¿si los

---

[1] El mismo epígrafe utiliza Victor Hugo en "Les têtes du sérail" (III), del libro *Les Orientales*, citado por Mansilla en el epígrafe de un capítulo anterior. Esta oda fue escrita pensando en el desastre de Missolonghi, cuando –dice uno de los epígrafes del poema de Hugo–: "tous les journaux d'Europe annoncèrent alors la mort de Canaris, tué dans son brûlot par une bombe turque, devant la ville qu'il venait secourir. Depuis, cette nouvelle fatale a été heureusement démentie". Los versos de Shakespeare se refieren a la muerte a traición del padre de Hamlet, circunstancia (la traición) que se da también en el poema de Hugo y en la novela de Mansilla. "Thus was I, sleeping, by a brother's hand / Of life, of crown, of queen, at once dispatch'd: / Cut off even in the blossoms of my sin, / Unhousel'd, disappointed, unanel'd, / No reckoning made, but sent to my account / With all my imperfections on my head: / O, horrible! O, horrible! most horrible!". Corresponde al parlamento del espectro, padre de Hamlet, asesinado a traición por su propio hermano y con la complicidad de su mujer. Se está anunciando aquí el asesinato de Marangoré por su propio hermano Siripo, y también se coloca la ruptura de relaciones entre españoles y timbúes en el registro de una verdadera fraternidad traicionada y quebrada. (Shakespeare 1975, 1.037, *Hamlet*, Acto I, Escena V). *LT*. (Lunes 2 y Martes 3 de Julio, n.° 1.972, col. 5): Capítulo IX [E].

habrán sentido los suyos? En la duda, observa con ojo vigilante, aquella masa negra que parece inerte, y se prepara á disparar su arma, al primer movimiento que haga.

Lucia, que tambien ha creido oir ruido de pasos, llama con dulce voz á Anté, que duerme al pié de su cama y le pregunta si oyó algun rumor. Apénas la india responde, que creyó reconocer pisadas humanas, un tiro que partió de la habitacion inmediata, llenó de espanto á las dos mujeres. Saltó Lucia de la cama, y medio desnuda, corrió á echarse á los piés de una imágen, imitando Anté su piadoso movimiento. Una confusion de gritos y de tiros se sucedian sin tregua. Don Nuño, despues de disparar su arcabuz y sus pistolas, matando de cada tiro un indio, cayó al fin abrumado por los golpes de macana, que le asestaban furiosos cuatro salvajes. El fuerte, rodeado, cercado por todos lados, de enemigos que habian sorprendido dormidos á los confiados Españoles, presentaba el más horroroso cuadro de matanza y desolacion. En el mismo cuarto en que el valiente anciano yacia tendido en tierra, con el desnudo cuerpo ensangrentado y desfigurado, por los golpes de macana á que habia sucumbido, un odioso espectáculo, aumentaba el horror de aquella escena. Marangoré y Siripo luchaban cuerpo á cuerpo, disputándose la entrada de la habitacion de Lucia, semejantes á dos rabiosas fieras, que encarnizadas se embisten y se despedazan. El traidor, se veia traicionado á su vez.

Un grupo de indios los contempla en silencio; por todos lados se oyen alaridos y quejidos; los tiros han cesado, los Españoles no oponen ya resistencia. Oviedo, cubierto de heridas, sucumbe alentando á los pocos soldados que le quedan. Silencio de muerte sucede á las amenazas, á los gritos feroces y á la detonacion de las armas de fuego.

Siripo, sin dar tregua á los recios golpes de macana, que con salvaje ferocidad descarga sobre su brioso hermano, que debilitado por el voluntario ayuno, no resiste con la fuerza costumbrada, incita á los suyos para que den muerte al cacique, llamándole endemoniado, poseido de los malos espíritus.

Por fin, uno de los indios, seducido por las palabras del pérfido Siripo, derriba de un macanazo al hermoso cacique, que cayó en tierra sin vida, víctima de su pasion tan desgraciada. Sin atender á más, lánzase el vencedor desatinado al cuarto de Lucia, tómala, á pesar de sus gritos, entre los ensangrentados brazos, y saltando sobre cadáveres de indios y Españoles, corre en direccion á sus chozas, dando feroces alaridos. La desventurada jóven, suelto el cabello, y apénas vestida, con su hermosa cabeza colgando por sobre el hombro del indio, vió en aquella rápida carrera, el cadáver de su anciano padre y del infeliz Marangoré, revueltos en espantosa confusion, con los de los indios, que cayeron heridos por los certeros tiros del anciano. El horror aceleró los latidos de su corazon, perdió el sentido, y fria y casi sin vida, quedó exánime en brazos del feroz cacique.

CAPÍTULO XX.

Listen and if a tear there be
Left in your heart, weep it for me.

MOORE[1].

Cuando Lucia vuelve de su desmayo, el dia está ya muy adelantado; un sol ardiente inunda los campos con su luz rojiza. El primer momento, creése presa de una terrible pesadilla, agolpándose á su memoria las horribles imágenes que habia visto en aquella fantástica carrera. Pasa las manos por su abrasada frente, vuelve los ojos en derredor, hállase en una choza estrecha y miserable, y al fijar la extraviada mirada en su desnudo cuerpo, cubierto apénas por lijeras y estrujadas ropas, la horrible realidad, se le presenta en toda su más palpable verdad. Amargas lágrimas brotan de sus ojos, hondos suspiros arroja su pecho, siente un terror extraño, indefinible; hállase sola, abandonada; y el nombre de Sebastian se escapa mil veces de sus labios, confundido con repetidos sollozos. ¿Qué ha pasado?

¡Ay! Aquel cadáver desfigurado, pisoteado; aquella confusion, aquellos tiros disparados en el silencio de la noche, el lugar en que se encuentra; ¡oh! no hay duda, han dado muerte á su padre, y está ella misma en poder de sus verdugos. Apénas estas crueles reflexiones han sumido su espíritu en nuevas tinieblas, cuando el deforme cuerpo de un indio cubre la estrecha puerta. La infeliz mujer lanza un ahogado gemido; y sin saber qué es lo que teme, ni qué es lo que más le asusta, en tan crítico momento; viéndose expuesta á las miradas del indio, que teme más que sus flechas, oculta el rostro entre las manos.

«Nada temas, luz de la Pampa, astro del dia,» le dice el indio, que no es otro sino Siripo, «yo soy ya, el único cacique que manda en estos lugares; Marangoré ha muerto; me perteneces á mí solo; y yo no permitiré que nadie te ofenda!»

«Eres más bella que el mismo cielo,» agregó tratando de descubrirle el rostro. Más ella, al sentir el contacto de aquellas manos, como si hubiesen sido un hierro candente, echóse atrás con brusco movimiento; y descubriendo el

---

[1] "Listen, and, if a tear there be / Left in your hearts, weep it for me". (Moore 1823, 46). En la versión de Mansilla faltan las comas que encierran "and", y la "s" en "hearts". ("Escuchen, y si una lágrima ha / Quedado en sus corazones, derrámenla por mí.") Estos versos en el poema original de Moore son dirigidos a los lectores en un pedido de compasión por parte del ángel enamorado. Es probable que Eduarda transforme la palabra "corazón" al singular porque de esa manera reduce al interlocutor de esas palabras a uno solo, y se adecúa mejor al significado que el epígrafe adquiere a lo largo del capítulo en que Lucía le ruega a Siripo, en pleno llanto, que se apiade de ella y le devuelva a su esposo. En la versión de Eduarda, la traducción sería: "Escúchame, y si una lágrima ha quedado en tu corazón, derrámala por mí." Capítulo publicado en *LT.* del Miércoles 4 de Julio, n.° 1,973, col. 1.

rostro inflamado por una indignacion que la hacia más bella, dijo con acento que hizo retroceder al cacique:

«Aparta, indio, aparta! ¿Cómo te atreves á poner tus infames manos en mi rostro? Aparta, ó teme que mi ofendido esposo, á su vuelta, vengue como cumple tan torpe accion.»

«Calma, bella Española, la cólera que te enardece; calma esa irritacion que enciende tus mejillas como rojas achiras[2], y da más brillo á tus ojos, que el rutilar de las estrellas. No quiero sino asegurarte, que en el lugar en que Siripo mande, serás reverenciada y obedecida por todos. Desde este momento, eres mi mujer; serás dueña de cuanto poseo; indios é indias reconocerán en tí desde hoy á su soberana.» «¿Qué dices, infiel?» exclamó Lucia con trémulo acento; «¿qué espantoso delirio se apodera de ti? ¡Huye de mi presencia, monstruo! ¿Cómo te atreves? ¡Ay! ¡Sebastian! ¡Sebastian!» gritó la desgraciada Española con acento desgarrador, y echó á llorar de nuevo. «Calma ese llanto, torcaza mia,» agregó Siripo con voz cariñosa; «no te agites, no estrujes con cruel dureza esas mejillas más frescas que el fruto del quelghuen[3]; él mismo consentirá en que seas mia, él mismo hablará en mi favor, ya lo verás, pronto has de verle.» «¿Qué dices, indio, qué dices?» preguntó Lucia con avidez. «¡Ah! vuélveme á mi esposo, vuélvemelo, y te perdono y te bendigo. ¡Ah! Siripo, ten lástima de mí, que ningun mal te hice!» Y Lucia tendia sus manos suplicantes al cacique. «¡Oh! qué hermosa estás así! Atiende, pronto vuelvo,» replicó el indio. «Entretanto, enjuga esas lágrimas que empañan el brillo de tus ojos. Pronto, tórtola mia, vendré á hacerte compañía;» y al decir estas expresiones, Siripo dejó la choza. «¡Dios mio, Dios mio!» exclamó Lucia, levantando sus ojos al cielo, «¿qué es lo que me aguarda? Aparta, Jesus mio, este amargo cáliz de mis labios[4], vuélveme á mi esposo!» Y la infeliz, deshecha en llanto, cayó en el más completo abatimiento.

Todo aquel dia lo pasara Lucia entregada á su dolor, sin fijar siquiera la vista en los alimentos, que unas dos indias, con obsequiosa solicitud, habian

---

[2] Achira: "f. Planta suramericana de la familia de las Alismatáceas, de tallo nudoso, hojas ensiformes y flores coloradas, que vive en terrenos húmedos. *Arg.* Nombre de varias especies de plantas pertenecientes a la familia de las Cannáceas, de 1 a 2 m de longitud, hojas alargadas y flores que por lo común se hallan en la gama del rojo al amarillo." (*DRAE* 2001; *DHA* 2004).

[3] Hay algunas palabras mapuches aproximadas y de significado compatible: "*quelenlahuen* o *quellenlahuen*: s. Arbusto de hojas aromáticas. Los indígenas colgaban un gajo a la entrada de sus moradas a fin de alejar los malos espíritus" (Erize 1960). También "*quelleñ*: Frutilla cultivada" o "*quellqueñ*: s. especie de frutilla usada para parar la hemorragia en los partos." (ibídem).

[4] Cita que describe el episodio de Jesús en el Monte de los Olivos. Después de la cena, Jesús y sus discípulos fueron al monte de los Olivos, donde según Mateo (26, 30-32) y Marcos (14, 26-28), les aseguró que resucitaría. Al presentir que la hora de su muerte estaba cerca, se retiró al huerto de Getsemaní, donde, "lleno de angustia" (Lc. 22, 44), meditó y oró. Una muchedumbre enviada por los sacerdotes y los ancianos judíos, conducida por Judas Iscariote, lo arrestó en Getsemaní. (*Santa Biblia* 1964).

colocado á su lado. Nada ha respondido, ella tan afectuosa, á las amables expresiones con que aquellas incultas criaturas trataban de mitigar su dolor, siendo para su corazon mayor tormento, escuchar palabras, que le revelan claramente la horrible suerte que le aguarda.

Á la entrada de la noche, un extraño rumor aumentó su alarma; oyó gritos y alaridos; agitada por una terrible aprehension, se asomó á la puerta de la choza. El espectáculo que vió, heló la sangre de sus venas.

Todos los indios, armados de teas encendidas, estaban formados en círculo. En medio de ellos, una media docena de indias viejas, que parecian brujas, se ocupaban á la luz vacilante de las teas de arrancar los dientes al cadáver de Marangoré, operacion que tenía por objeto, hacer de aquellos dientes un collar, que los indios estimaban sobre cualquier otro adorno, por haber pertenecido á un valiente que habia muerto en la refriega; siendo este, privilegio de aquellas horribles parcas, que despues lo cambiaban por objetos de más utilidad para ellas[5]. Siripo presidia esta reunion, y la infeliz Lirupé, abrazada del frio cadáver de su esposo, se lamentaba sin cesar, con los más angustiosos gemidos. No pudiendo resistir aquella horrible ceremonia, volvióse Lucia al interior de la choza temiendo que su razon la abandonara.

Aquella misma noche, enterraron al difunto cacique, sin preocuparse mucho de la manera como habia sido muerto, pues todos estaban muy complacidos con tener al popular Siripo á su cabeza, siendo así que, en los últimos tiempos, Marangoré se habia procurado muchos resentimientos, no faltando quien hiciese correr sobre él perjudiciales voces. Sólo la apasionada Lirupé, siguió, con rostro desfigurado por el sufrimiento, el cortejo fúnebre del ingrato cacique; notando todos, cómo en pocas horas, se habia marchitado la flor de aquella hermosura.

Cuando acabó la ceremonia, la desesperada viuda, de vuelta al campamento, buscó la choza en que se hallaba Lucia, guardada por algunos indios; y merced al antiguo ascendiente que, como mujer del cacique tenía, logró penetrar, hasta donde estaba ésta temblando á cada momento, á la idea de ver aparecer de nuevo á Siripo; pero la infeliz, reconociendo á Lirupé, corrió á pedirle que la amparase. La india, con seco ademan, la rechazó, diciéndole: «Española, causa de mi tormento, pérfida y más cruel que el gavilan, que se complace en dar muerte á la inocente tórtola; vengo á vengarme, vengo á pedirte cuenta de mis lágrimas, de mis noches solitarias y desesperadas. Tú sola me lo has arrebatado; la luz de tus ojos, más relucientes que las inquietas luciérnagas, fué causa sola de su desvío. ¿Acaso yo pensé jamas en atraer las miradas de tus blancos Españoles? No te bastaban ellos .... ¡Ah! pérfida, vas á morir á mis manos, tiembla!»

«Lirupé, Lirupé, hermana mia, no desvaries; tu dolor te extravía, vuelve en tí; ten compasion de mí, que soy tambien desgraciada. ¡Ah! si tu bravo Marangoré estuviese aquí, él me defenderia, me volveria á mi esposo.»

---

[5] *LT.*: ellas (1) / (1) Guevara.

La india, con acento airado, replicó: «¿Le llamas, cristiana, le llamas? Es en vano; está tendido sin vida detrás del montecillo de Keiges[6]; no te oirá, no; está su cuerpo ya frio; sus brazos endurecidos por el hielo de la muerte, no me han devuelto mis abrazos; él tan apasionado, tan amante; pero . . . . prepárate, vas á morir; tú le has dado muerte, tú harás que los gusanos roedores, devoren sin piedad aquel cuerpo tan esbelto como el árbol del alerce, que está á la puerta de la choza de mi padre.» Luego, con acento más tranquilo, agregaba la infeliz criatura: «Recuerdo la vez primera que le vieron mis ojos. El reflejo del sol poniente, doraba sus bellas facciones; sus miradas se fijaron en mí; y desde entónces me disgustó el astro del dia.

«Mi pensamiento no tuvo ya otro alimento. Pero, ¿qué es lo que recuerdo delante de tí, cristiana? Mira, ¿vés estas dos flechas que oculté á las miradas de todos? Una de ellas te dará muerte así que la luna se muestre sobre el horizonte; y en seguida, despues de vengada, la india Lirupé, irá á dormir tambien en brazos de su cacique.»

Lucia, conmovida por el dolor de la india, olvidando sus terribles amenazas, la decia con dulce habla: «¡Pobre amiga mia, eres muy infeliz, han muerto al que tanto amabas. Cuánto me duelen tus quejas!»

Irritada por tan dulces expresiones, iba Lirupé á lanzarse sobre la indefensa jóven, cuando la llegada de Siripo puso fin á tan penosa situacion; ordenando al punto á los indios que le seguian, le dejasen solo con la Española.

Lucia, al escuchar aquellas odiosas palabras, pidió á Lirupé le diese muerte ó se quedase con ella; pero ésta, sin atender á sus súplicas, con la razon extraviada y sin ocuparse más de sus celos, corrió desatinada en direccion al bosquecillo en que habia sido enterrado Marangoré, seguida de muchos indios, que trataban en vano de volverla á su choza.

Apénas habian quedado solos el indio y su víctima, cuando un ruido de voces hízose oir de fuera. Lucia, creyendo reconocer la voz de su esposo, arrojó un grito de gozo. Y al punto, el mismo Sebastian se presentó en medio de ellos. Cual ave herida que descubre por fin el lejano nido, corrió á abrazarse de su esposo la infeliz criatura, exclamando con acento reconocido: «¡Gracias, Dios mio, gracias; tú me lo has vuelto!»

Entretanto, Sebastian, sin darse cuenta de los encontrados sentimientos que luchaban en su pecho, ora estrecha cariñoso entre sus brazos á su esposa, ora fija airadas miradas sobre el cacique, que con sonrisa diabólica los contempla.

Hurtado habia vuelto al fuerte aquella misma noche, adelantándose á sus compañeros, seguido tan sólo de Alejo. ¡Cual sería su espanto, al encontrarlo desierto, guardado sólo por los mutilados cadáveres de sus valientes defensores! Corre al cuarto de Lucia, cuya puerta obstruida por un lago de sangre cede al fin

---

[6] La palabra más aproximada es, en guaraní, "Kaygua": "Porongo, mate, calabacita para la infusión o el té" (Guasch 1961, 573). Perfectamente puede aludir a un montecillo donde crecieran estas calabacitas.

á los recios golpes con que la derrumba, y halla tan sólo á la infeliz Anté, muda de espanto, que sólo responde con ahogados sollozos á sus ávidas preguntas. ¿Qué es de su esposa? ¿Cómo halla allí el cadáver de su viejo amigo, que parece haber caido en aquel sitio, en defensa del tesoro confiado á su cariño y vigilancia? Anté no puede hablar, su garganta arroja inarticulados gemidos, y al fin de muchos esfuerzos, pronuncia el nombre de Siripo por repetidas veces, y caé sin sentido, al recuerdo de tan espantosa noche.

Vuela Sebastian al campamento, sin cuidarse de la india, y se presenta en la choza, sin que nadie piense en impedírselo, y es Alejo quien presta los primeros socorros á su infeliz amante. En vano quiere seguir á su jefe; ésta le pide con las más tiernas expresiones no la deje sola en aquel lugar de muerte.

Repuesto ya de su emocion, con gesto amenazador, se vuelve Sebastian al indio: «Tigre, ¿qué has hecho de mis hermanos?» le dice. «Prepárate á darme cuenta de las lágrimas que has hecho derramar á este ángel. No tardarás en sentir el peso de mi venganza; sígueme, Lucia.» Siripo, con refinada maldad, contestó con voz suave y melíflua, tendiéndole su mano: «Seamos amigos; yo te perdono tus injurias y te doy mis más bellas mujeres, y tú, en cambio, me darás la tuya; ¿consientes?» No tuvo tiempo el indio de concluir la frase; á pesar de la resistencia de Lucia, echóse Sebastian sobre él, diciéndole con terrible acento: «Pero, ¿qué es lo que te atreves á proponer á un soldado español?» Á no ser por la agilidad con que saltó Siripo hácia un lado, la espada del intrépido jóven hubiera tomado en aquel momento cumplida venganza de sus crímenes. Más de diez indios, que á una señal del cacique habian acudido, rodearon á Sebastian; y á pesar de sus extraordinarios esfuerzos, lograron desarmarle.

Entónces, con cobarde bajeza, empezó Siripo á insultar á su brioso enemigo, que á sus torpes expresiones, respondia tan sólo con el más despreciativo silencio. Lucia, á los piés del cacique, intercedia llorando por su esposo. El indio se volvió diciéndole: «¿Serás mia, mujer? Sólo con esta condicion lograrás calmar mi cólera.» En mustio callar manteníase la jóven de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho. «Responde, hermosa,» agregó Siripo, con suave acento. «Sí,» responde Sebastian, «mujer cristiana, esposa de un noble Español, responde!» Lucia levantó entónces su hermoso rostro, en el cual las lágrimas habian impreso palidez mortal, y fijando sus ojos en el cielo, respondió con voz serena: «Moriremos; indio, manda que nos den muerte; te desprecio.»

«Vais á ser obedecida, tórtola convertida en milano! Separadles; y que dentro de pocos momentos muera él ente sus ojos, clavado por mil saetas; y en seguida, que consuma el fuego ese bello cuerpo, que no ha sido mio.» Y al decir estas palabras, el indio salió de la choza.

CAPÍTULO XXI.

¿The dreaful hero can it be told ?
MOORE[1].

Alejo, detenido en el fuerte por las instancias de Anté, á la llegada de sus compañeros, que contemplaban consternados el triste espectáculo que á sus ojos ofrecian los cadáveres de sus amigos, tan bárbaramente sacrificados á las brutales pasiones de los salvajes, pensó en el riesgo que corria Sebastian, que solo y apénas armado, habíase lanzado en busca de su esposa; pero sus ardientes expresiones no encontraron eco en los desalentados corazones de los suyos. La imágen desoladora que veian; hablaba con mayor fuerza que las palabras de Alejo; en valde rogó, mandó que le siguiesen; el terror habíase apoderado de aquellos hombres que por primera vez contaban el número de sus enemigos, y ántes que seguirle, permitieron que el generoso jóven, acompañado sólo de su fiel Anté, partiera en busca de Sebastian y de Lucia.

Cuando los amantes llegaron á un bosque de espinillos que á la izquierda del camino del campamento habia, vieron con un horror que las palabras no alcanzan á pintar, que los dos esposos iban ya á ser sacrificados á la espantosa venganza del cacique; y que ellos, débiles y solos, no bastaban á contrarrestar su inmenso poder. Anté, prendida del brazo de Alejo, sigue con ojos de espanto, por entre las ramas de los árboles, los lúgubres aprestos. Alejo, fuera sí, desesperado, arde en deseos de lanzarse á morir con los esposos mártires y apénas si las débiles manos de la india, bastan á contenerle. Sebastian, atado á uno de los árboles, mira con el alma á su Lucia, que con los brazos ceñidos por fuertes ataduras, le exhorta con cariñosas palabras y angélica dulzura, á soportar cristianamente aquel último trance. En medio de ellos, arde una inmensa fogata de zarzas que chisporrotea, y con su luz rojiza, alumbra el rostro de las víctimas. Los indios, en la sombra, contemplan mudos el dolor de los esposos. Siripo sólo falta, para autorizar con su presencia, la consumacion del sacrificio; la luna vela su casto rostro entre densas nubes; ni una estrella presta su dulce luz á tan horrenda noche; todas las aves nocturnas callan en sus nidos; se oye apénas el dulce piar del inocente jilguero, asediado por la traidora víbora[2]. Silencio de muerte reina en la Pampa.

¡Hélo allí! Con pausado pisar, preséntase en medio de su tribu el terrible cacique; todos sienten dentro del pecho mortal terror, todos inclinan la frente

---

[1] La cita correcta es: "The dreadful –how can it be told?" (Moore 1823, 49). ("Lo terrible –¿cómo puede ser relatado?") Puede tratarse de una errata de la edición, ya que así como está citado por Mansilla carece de sentido gramatical. Desde el comienzo del capítulo se presenta el horror, que continuará intensificándose hasta la muerte de los esposos. El silencio de los presentes y los susurros de Lucía contrastan con el grito de muerte que lanza Siripo y sella el destino de la protagonista. En *LT.* del Miércoles 4 de Julio, n.° 1,973, col. 6.

[2] víbora por víbora: [E].

ante el poder del déspota, que toma asiento frente á sus víctimas; sólo ellos, ausentes de cuanto les rodea, no han notado su llegada, fijos tan sólo el uno en el otro. Sebastian, ¡ay! no puede hablar; los bárbaros pusiéronle innoble mordaza, apénas si con sus ojos, fijos como dos estrellas, parece acariciar y proteger aún al ídolo de su corazon. Lucia le conforta sin cesar; sus cristianas palabras, sus cariñosas expresiones, son la divina aureola, que le aisla de sus terrestres padecimientos. *«¡Muera!»* pronunció el déspota con voz ronca; y al punto una nube de flechas clavó el desnudo pecho de Sebastian. Oyéronse dos gritos, que despertaron los écos de la Pampa y llevaron el espanto hasta las profundas cavernas del yacaré[3]; el silbido de las flechas que debian atravesar el pecho de su esposo, hirió de muerte el corazon de Lucia; matóla su amor, el exceso del dolor, rompió los lazos que ceñian su alma al hermoso cuerpo, causante de tanto duelo. Los verdugos entregaron á las llamas aquella forma sin vida. Apénas si el fuego devorador ha consumido las lijeras ropas, que la cubren, cuando su alma, unida á la de Sebastian, subió hasta el Cielo, contemplando angustiada sus mortales despojos!

Los indios se han retirado; la luna oculta aún el ofendido semblante; la llama de la hoguera, apénas deja ver el cuerpo de Sebastian acribillado de flechas. Sopla de improviso el viento, resuena en lontananza el eco de su voz quejumbrosa; la llama, próxima á extinguirse revive con mayor fuerza, enciéndese de nuevo la hoguera, que incendia, que consume cuanto halla á su alcance. Arden los árboles vecinos, ya el tronco que suspende el desfigurado cadáver, oscila, cae; un momento más, y las cenizas de Lucia y Sebastian se confunden en un último abrazo!

Á la luz viva del bosque que se enciende, vése un hombre que lleva en brazos una mujer desmayada. ¿Á dónde irán? ¿dónde hallarán un abrigo para su amor? ¡La Pampa entera les brinda su inmensidad!

El bosque se convirtió en cenizas; hoy no quedan de él ni vestigios. los timbúes, mudaron su campamento el siguiente dia.

FIN DE LUCIA MIRANDA[4].

[3] Yacaré: voz guaraní que designa al cocodrilo americano. (Neves 1975, 580). "(De or. guar.). 1. m. *Am. Mer.* caimán (reptil emidosaurio)". (*DRAE* 2001).

[4] *LT.* (Miércoles 4 de Julio, n.º 1.973, col. 7): FIN.